

1. ESTUDIOS HISTORICOS



1, a. INTRODUCCION

De los cuadernos y libretas donde el Doctor Carlos Cuadra Pasos anotaba sus pensamientos y meditaciones de lecturas y sus proyectos o esquemas de trabajos, hemos entresacado estos pensamientos y apuntes sobre la HISTORIA que pueden servir de introducción a sus estudios y esclarecernos su filosofía de la historia.

*

Dice Haecker que "los libros sagrados del cristiano son libros históricos, no sistemas filosóficos". En este sentido toda historia del hombre es un libro sagrado. Y en este sentido también la historia de Nicaragua es un anexo de la Biblia.

*

La historia es política en acción.

*

El intelectual es contemplativo más que activo. De ahí la desgarradura que sufre cuando es político.

*

La tendencia del intelectual es hacia la meditación y al estudio, que suelen perjudicar a la actividad agresiva o defensiva que se necesita para prevalecer en política. Por eso, cuando llega a ese terreno, su habilidad está en hacer que sus pensamientos o sus ideales tomen vida en acciones de otros hombres, más capaces para el asiduo trabajo que exige el pastoreo de hombres, que decía Platón.

*

Sin embargo, en el Principio fue el Verbo. Antes que la Acción. Las ideas son anteriores. Pero las ideas no tienen historia hasta que se realizan.

*

Para un intelectual político el monstruo más abominables es el demagogo. "Es muy difícil salvar una civilización cuando le ha llegado la hora de caer bajo el poder de los demagogos" dice Ortega y Gasset. Y Macaulay escribe también: "En todos los siglos, los ejemplos más viles de la naturaleza humana se han encontrado entre los demagogos".

*

Un pueblo no es, por lo pronto, sino LO QUE LE HA PASADO.

*

Todo pueblo tiene pasado pero no siempre tiene conciencia de su pasado que es la conciencia histórica.

*

Dice Unamuno que con poesía se llega mejor a la verdad verdadera de la historia, que no con filosofía sistemática.

*

La historia: mi maestra.

*

La fuerza es una condición de todas las realidades históricas. El Derecho es, en cambio, solamente la propiedad de algunas realidades.

ESTUDIOS HISTORICOS

*

La historia es una guerra ilustre contra la muerte.

*

La faena del historiador es retrotraer todo dato sobre el pasado a su fuente vital para asistir a su nacimiento, diría más para obligarlo a nacer y ser de nuevo.

*

MAGISTER MEMORIAE: el historiador debe tener cabeza de archivo. La sabiduría de recordar es como el don de profetizar porque arranca al pasado su revelación del futuro.

*

El daño fundamental que producen las dictaduras es desmoralizar la Autoridad. Un bien se corrompe o por deficiencia o por exceso.

*

(APUNTES PARA UN DISCURSO). No tuvimos ningún hombre de talla en la hora de la Independencia. La élite no estaba clara de la bondad del paso. Expectación y temor provincianos. Cerda y Argüello no valían nada. Hasta don Fruto aparece la idea de Autoridad. El germen de una política. "La historia es, en un sentido primario, historia política".

*

(APUNTES PARA UN DISCURSO). Es necesario emprender la dignificación histórica y trascendente de nuestra Guerra Nacional. Todas las historias, fuera de Centroamérica,

dicen que Costa Rica fue la del triunfo. No nos ha quedado ni la gloria mundial de la victoria que tanto nos tocó. La guerra civil todo lo borra hasta la misma gloria militar. Los laureles se los entregan a Costa Rica porque ha sido ordenada y su esfuerzo por sacar al enemigo extranjero no lo manchó con el crimen del fratricidio.

*

Pero hay que destacar y valorar lo que se oculta: los enormes sacrificios de Nicaragua. Su resistencia heroica. La gran retirada de las familias a las montañas. Su negativa a reconocer la autoridad extranjera. El heroísmo de Granada... Pero todo eso se nos regateará. Nicaragua es tenida en Centroamérica como la hermana que compromete por sus locuras. Se olvida el aspecto trágico de su destino geográfico para recordar sólo sus errores políticos. Centroamérica quiere ser parte en la propiedad de su geografía privilegiada pero nos deja solos con la carga de esa geografía.

*

Alternabilidad: diálogo del Poder. Alternar es conversar. Cómo se pretende llegar a la alternabilidad política si no alternamos como miembros de una comunidad? Al formarnos como enemigos levantamos un insalvable obstáculo a la alternabilidad porque está contra la naturaleza entregar el poder "al enemigo".

*

En lo que he visto prácticamente en mi larga vida, se ha formado mi convicción de que los cerrados monólogos partidaristas no llegan al goce de la verdad política: entre más cerrado el monólogo más es el margen de error. En cambio, el diálogo en el cruce de ideales que parecen con-

tradictorios, en el roce de un concepto afirmativo con un negativo, en el examen inicialmente apasionado de los acontecimientos, y suavizado en el curso por la lima de la buena palabra, se vislumbra la verdad en la relativa porción que le es concedida al pensamiento humano. (APUNTES PARA UN DISCURSO SOBRE EL DIALOGO).

*

El partido único lleva al monólogo. (Monologar es dictar: dictadura). La existencia de dos partidos supone diálogo. En Nicaragua ha faltado ese diálogo sedante de la convivencia que nos lo exige la forma espontánea en que se ha estructurado nuestra política. Los partidos traicionando su razón de ser, se dan la espalda; los hombres públicos no discuten pero disputan. (APUNTES PARA SU DISCURSO SOBRE EL DIALOGO).

*

Walker no es más que el resultado de la falta de diálogo.

*

El 12 de septiembre es la tercera fecha patria. La Independencia el 15. La defensa de la Independencia el 14. La convivencia dentro de la Independencia el 12: fecha en la cual se estructura por el diálogo la unidad de los nicaragüenses sin la cual carece de firmeza la soberanía. (APUNTES PARA SU DISCURSO SOBRE EL DIALOGO).

*

Para entenderse en el presente hay que comenzar por ENTENDER el pasado.

*

1, b. ANTIGUEDAD E INSISTENCIA GEOGRAFICA DE GRANADA

La «Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua», reproduce en el número 2 de su tomo IV, un artículo que escribió don Enrique Guzmán en el año 1909, titulado «La Edad de la Sultana» — ¿1523 ó 1524?.

Fué fruto de la postrimería de aquel ingenio, y lo escribió con seudónimo como era costumbre en los literatos de la época. Decía don Enrique, semi oculto tras «**El Viejo Estudiante**»: «Una de las ciudades existentes más vieja de cuantas los españoles fundaron en América, es Granada. En el continente, la única que talvez podría aventajarla en antigüedad, es Veracruz, puerto principal de México en el Atlántico».

Antigua es Granada; y aún puedo aventurar la afirmación de que es la mayor en edad de las ciudades que fundaron los españoles en tierra firme de América. Hoy se ignora la fecha de la fundación realizada por Francisco Hernández de Córdoba, porque el acta, que levantaban los conquistadores cuando resolvían erigir una ciudad, y que ha venido a ser en los archivos fé de bautismo de la población, se perdió consumida, como todos los documentos de la Colonia, en uno de los varios incendios que La Sultana sufrió de mano extranjera.

Se ha discutido si fué fundada en el año 1523 o si lo fué en el siguiente 1524. Los historiadores, deduciendo cada uno la fecha de dato diverso, no han estado unánimes al fijar el año. Don Sofonías Salvatierra, que escribió su obra «Contribución a la Historia de Centroamérica», después de registrar archivos en España, en un comentario polémico so-

bre la fundación de León, establece circunstancias ciertas, que pueden servir para deducir con bastante seguridad la fecha aproximada del nacimiento de Granada: Gil González Dávila llegó a Panamá, de regreso de su expedición descubridora de Nicaragua, en el mes de junio de 1522. Inmediatamente Pedrarias Dávila dispuso la expedición que debía capitanear Hernández de Córdoba, para la empresa de la conquista del territorio descubierto por Gil. León fue fundada en día de la Santísima Trinidad de 1524, según una tradición que ha corrido uniforme desde aquellos años, y que hacía que se celebraran juntos, y con gran pompa, la fiesta litúrgica y el cumpleaños de la ciudad. Granada y León son gemelas; pero por la lógica sucesión de los acontecimientos, Granada debe haber surgido la primera en el parto de la conquista, porque el conquistador vino del sur y se dirigía rumbo al norte, fundando sucesivamente tres poblaciones: Bruselas en Nicoya, Granada a las orillas del lago Cocibolca, y León en las riberas del lago Xolotlán. Es obvio deducir que la fecha de la fundación de Granada, queda colocada en el tiempo, entre junio de 1523 y junio de 1524, sirviendo de puntos de referencia, el zarpe de Hernández de Córdoba de Panamá y la fundación de León.

Don Enrique Guzmán insinúa la probabilidad de que Veracruz, el puerto principal de México en el Atlántico, le gane a Granada en mayoría de edad. Los años que corrieron de 1515 a 1526 fueron fecundos en fundaciones españolas en la América del Norte. Veracruz, Guatemala, León, Bruselas, Panamá y otras, surgieron en esa década. Pero no todas echaron raíces de permanencia sobre el lugar de su prístina fundación.

Juan López de Velázquez, que escribió en el siglo XVI, en su obra «Geografía y Descripción Universal de Las Indias», dice: «Poblóse primero esta ciudad por Don Hernando Cortéz en el sitio donde agora llaman Villarica la vieja, no mu-

cho lejos de donde agora está, la cual se pasó después a Medellín, y últimamente al sitio donde agora está; la cual se llama Veracruz, porque al principio la nombraban Villarica de la Veracruz, por haber entrado en la tierra Cortéz, Viernes de La Cruz; y así la dicha ciudad tiene por armas una cruz colorada».

W. Prescott, en su «Historia de la conquista de México», dice, citando a Humboldt: «No obstante las ventajas de la situación de Veracruz, a poco de la conquista abandonaron los españoles la Villarica, y se fueron a un lugar que está hacia el sur, no lejos de la desembocadura del río de la antigua. Este segundo establecimiento era conocido con el nombre de «Veracruz la vieja», a poco tiempo, en el siglo XVII, dejaron también este lugar, por el llamado hoy «Veracruz la nueva».

No profundizó en tierra escogida por el grande don Hernando Cortéz la raíz de Veracruz. Dos veces cambió de lugar el puerto principal de Méjico en el Atlántico, y perdió la primogenitura. La actual Veracruz resulta un siglo menor que Granada.

Guatemala figura en la historia como más veleidosa geográficamente que Veracruz. El bachiller don Domingo Juarros escribe una crónica muy interesante con el título «DE LOS DIVERSOS SITIOS EN QUE HA ESTADO LA CIUDAD DE GUATEMALA EN TIEMPO DE LOS ESPAÑOLES». De ese documento tomo los datos siguientes: Los españoles entraron en la corte de los cachiqueles el 25 de julio de 1524, día del apóstol Santiago. Los historiadores que examina Juarros no están de acuerdo en si la ciudad de Guatemala era o no corte de los reyes cachiqueles. No penetro en la discusión, pero se puede aceptar esa fecha como punto de partida de la ciudad de Guatemala. Escribe Juarros: «Ya fuese en la población, que como quieren algunos escritores, hicie-

ron de pronto los españoles entre los dos volcanes; o ya en la corte del Rey Sinacam, situada casi en el mismo puesto como piensan otros, donde los conquistadores sentaron su real: lo cierto es, que esto se hizo provisionalmente, interín tomaban conocimiento de la tierra, para escoger con madura investigación, el lugar de mejores proporciones y cualidades, para fundar la ciudad capital y metrópoli del reyno». A los tres años de fecha discutieron en Cabildo Abierto los guatemaltecos, el día 21 de noviembre de 1527, el traslado de la ciudad al lugar que creían iba a ser definitivo. Don Jorge de Alvarado, Teniente de Gobernador, asistido de las otras autoridades, hizo el trazado de la plaza, señaló solares para hospital, para iglesias y capillas, para fortalezas, para Casa de Cabildo y Cárcel, y plantó la metrópoli que llevaba el nombre de Santiago de Los Caballeros de Guatemala. En este sitio estuvo desde el 22 de noviembre de 1527 en que se asentó, hasta 22 del mismo mes de 1542, en que se trazó la Antigua Guatemala. No pudo prosperar, porque el 11 de septiembre de 1541 fué arruinada por el gran torrente de agua que se le vino encima desde el volcán, arrastrando peñas y árboles y destruyendo una parte de los edificios y maltratando a otros. Por este accidente se citó a Cabildo Abierto y se discutió si reedificaban los edificios ó se llevaban la ciudad a otro sitio. Cincuenta y cinco personajes formaban el Cabildo. De ellos 43 estuvieron a favor de la traslación, 5 en contra y 7 indiferentes. Por esta disposición plantaron la ciudad en el valle de Panchoy, que es el lugar en donde está ubicada la muy interesante población, conocida con el nombre de La Antigua. Allí permaneció la ciudad de Guatemala desde el año de 1542, hasta 1776, en que fué nuevamente trasladada al Valle de las Vacas, **de resulta, según Juarros, de los formidables terremotos del año 1773.** Esta es en definitiva la Guatemala de hoy, que fue capital de Centroamérica, en la Colonia y en la Independencia, y sigue siendo la ciudad principal del istmo. Por la descripción que hace Juarros se ve que los terremotos que

afligieron a los pobladores de La Antigua no fueron tan formidables, como para abandonar una ciudad. La misma Antigua, en pié todavía para curiosidad de turistas y atractivo de viajeros, comprueba su aserto. Fué mayor la ruina de Managua en 1931, y nuestra capital volvió a levantar la cabeza de sus escombros, para seguir rigiendo a Nicaragua.

Bruselas no tuvo categoría de ciudad. Fué una villa de efímera existencia. En 1524 la fundó Hernández de Córdoba; en 1527 la mandó despoblar Diego López de Salcedo. La mayoría de los habitantes se reconcentró a Granada.

León, la ciudad gemela de Granada, perdió también el sentido de permanencia geográfica en su primer siglo. Fué levantada por Hernández de Córdoba a la orilla del lago Xolotlán, cerca del volcán Momotombo; talvez por la atracción del paisaje, similar en la combinación de tierra y agua, que le sedujo para plantar Granada a la orilla del Cocibolca y cabe al apagado Mombacho. Los leoneses no se mostraron satisfechos de la escogencia del sitio. Se quejaban del clima, de la calidad de las aguas, que decían se tornaban pestilentes por el azufre del volcán. Vivían intranquilizados por los retumbos y temblores. Gobernadores y Obispos gustaban de permanecer en Granada; y la ausencia de estas autoridades aumentaba el descontento. El 11 de enero de 1610, un terremoto seguido del crecimiento de las aguas del lago, puso pánico en el corazón de los habitantes que abandonaron el sitio por resolución de su Ayuntamiento, tomada en Cabildo Abierto, con el voto de autoridades, religiosas y vecinos principales. Se alejaron los leoneses de las orillas del Xolotlán rumbo al oriente, hasta llegar cerca del pueblo de Subtiava, donde sentaron reales y levantaron el León actual, en tierra fértil, muy de su satisfacción.

Sólo queda Panamá para medirse en edad con Granada. De Panamá partieron los españoles a la conquista de esta tierra. Vecinos de Panamá eran Hernández de Córdoba, Ponce de León, Hernando de Soto, y los demás soldados jóvenes, que vinieron a la conquista de nuestra tierra y a la fundación de nuestras ciudades. Panamá pudiera alegar cierta paternidad sobre Granada; pero es el caso que a ella también le faltó firmeza sobre el terreno en que fué fundada. Clarence H. Haring, en su muy interesante obra «Comercio y navegación entre España y Las Indias», escribe: «El puerto o rada de Panamá era muy poco profundo, hallábase expuesto al mar y con mareas tan grandes que todos los bajeles mayores tocaban dos leguas al oeste en el puerto de Perico, trasbordándose allí el cargamento en pequeñas balandras para conducirlo a la ciudad. Además la bahía estaba cegando con rapidez; en 1575 las naves de 60 toneladas todavía podían acercarse con marea alta, pero en 1607 aún botes pequeños con frecuencia encontraban dificultades. Perico estaba rodeado en parte por tres islas escabrosas situadas como a dos millas de la costa en forma de media luna, y fué a este puerto vecino a donde se trasladó Panamá, después que Henry Morgan hubo destruído la antigua ciudad en 1671. En el siglo XVII tocaban allí de cuarenta a cincuenta bajeles procedentes del Perú y Nicaragua. Ambos puertos carecían de fortificaciones».

Lo más probable históricamente es que Granada fué fundada en uno de los primeros meses del año de 1524. Desde el primer día fué ciudad por la intención de su fundador Hernández de Córdoba, que, dice una crónica, pasó leguas adelante en la provincia de Nequecheri, atravesó el pueblo de Xalteba y fijó sus simpatías en una planicie arenosa, limpia, saludable y rodeada de dos fosos naturales, que ahora se conocen con el nombre de arroyos, y le dan una fisonomía bastante original. El terreno tenía suave declive hacia el lago para los buenos desagües. Por el sur,

levantaba su mole el volcán Mombacho, cubierto de bosques que refrescan las brisas del lago. Hernández de Córdoba trazó la plaza de armas en forma de rectángulo, de conformidad con las cédulas en que el rey ordenaba las prescripciones que se debían seguir para la formación de nuevas ciudades en Las Indias. Uno de los cronistas dice: «Adornola con un suntuoso templo, levantó una fortaleza, llevó un bergantín en piezas e hizo boxar toda la laguna».

Cuando leemos lo que realizó Hernández de Córdoba, nos imaginamos, desde la escuela, que el fundador, dejó a Granada bien plantada, con su templo lujoso, con su cuartel resistente, con sus casas cómodas y con sus bergantines con blancas velas desplegadas sobre el lago. Los edificios de Hernández de Córdoba tenían la inconsistencia de lo provisional: sus techos eran de paja, y sus pisos sin ladrillos.

Así vivieron los conquistadores, que más recorrían campos que pernoctar en poblados. Hernández de Córdoba, por su mala suerte, vivió poco en Granada. Apenas trazó el plano sobre el terreno, cuando las múltiples actividades de su empresa lo sacaron de ella. Se fué a fundar a León, y siguió adelante para resolver el conflicto con los soldados de Cortéz que aparecieron por Honduras. Muy enseguida, en 1525, mal informado Pedrarias Dávila, que era superior jerárquico de Córdoba, se vino desde Panamá, lo aprisionó sin justicia, lo juzgó por rebelde y lo hizo morir decapitado en el patíbulo, sin que alcanzara a ver las torres de su decantado suntuoso templo. Su herencia: las ciudades de León y Granada, situada cada una de ellas a la orilla de un lago, apenas quedaron principiadas en sus construcciones.

Los ánimos de los primeros pobladores de América eran movidos por dos impulsos encontrados. Por una parte, la nostalgia de España los entristecía y despertaba vivo deseo de regresar a la patria, ya enriquecidos, famosos y ennoble-

cidos. Por otra parte, la afección a lo que era obra de sus manos, los ataba a la tierra americana, y cierto sentido de permanencia los fijaba en ella, por la fuerza de sus destinos y el imperativo de la empresa que les había confiado la Providencia.

El Estado español estimulaba de varias maneras ese sentido de permanencia, para procurarse colonias prósperas, que aumentaran su imperio. Por ello se emitió cédula que ennoblecía a los pobladores de estos lugares, convirtiéndolos en hidalgos de solar propio. El Rey reconoció la hidalguía de los mestizos, hijos legítimos o naturales de los conquistadores con las indias. Así fué ennoblecido el linaje de Cortéz en el descendiente de la Malinche; y el linaje de Garcilaso de la Vega floreció de gloria en el hijo de la Ñusta. Especialmente para Nicaragua ordenó la cédula de 23 de noviembre de 1537, en que mandaba se construyeran los edificios de piedra, de adobe, o de otros materiales, **los más perpétuos que se pueden haber.**

Satisfecha Granada de su situación geográfica a orillas de una gran masa de agua dulce, abrigó en su población, el sentido de permanencia mas intensamente que otras ciudades del hemisferio, que se dejaron vencer del miedo a elementos adversos o de la comezón de variar. Granada cada vez hincaba más hondo sus cimientos dentro de los húmedos arenales de la costa del lago. Admitida esta circunstancia, se impone una pregunta: ¿acaso no tuvo las intranquilidades, las tormentas, ni las ruinas con que fueron afligidas otras ciudades? Las tuvo Granada, y muy amargas. Por doscientos años fué atacada y acosada por la piratería. Sus anales son trágicos. Había en las calles, dice un viajero del siglo XVII, abiertas permanentemente zanjas para trincheras. La vida de sus habitantes era servicio de rigurosa campaña.

Con lenguaje patético, hablan cronistas, viajeros y altos funcionarios informantes, de estas terribles vicisitudes. Escogeré alguna citas saltando de un siglo a otro.

El 13 de diciembre de 1677 fué nombrado Obispo de Nicaragua el mercedario Fray Andrés de las Navas y Quevedo, muy noble señor que había figurado como miembro del Consejo de Su Majestad. El año de 1679 llegó a su diócesis, y en su carta informe, dice al Rey: «El día primero de marzo llegué a la ciudad de León, mi Catedral, adonde olvidando mi larga peregrinación y continuos trabajos, procuré hacer tránsito, habiendo tomado posesión de mi Iglesia, para la ciudad de Granada, adonde me llamaban los lamentos de esta desdichada Troya, saqueada dos veces».

En el mismo documento se describe la desolación de la ciudad, y se cuenta que los habitantes se habían retirado a sus haciendas, dispersándose por los campos, al extremo que sólo quedaban en la población doce españoles. El Obispo Navas y Quevedo escribió entonces una frase que se ha venido repitiendo de generación en generación de granadinos, como expresiva del pesimismo: **Cuando Granada era Granada.** La frase comparaba a la ciudad presente con la ciudad anterior a la última contingencia.

Otro Obispo, el Ilustrísimo Señor Don Pedro Agustín Morel de Santa Cruz, nombrado en el año 1751, insiste en los infortunios de la nueva Troya; relata recientes invasiones de piratas, y dice, que los granadinos, cuando más descuidados estaban, vieron arder la iglesia de San Francisco y 18 casas principales.

Después de la Independencia, cuando las depredaciones de corsarios y piratas habían concluido para el continente, Granada sufre la última terrible embestida. El año 1856, fué totalmente destruída por la tea incendiaria del filibustero.

Con todo y esta desgracia, nunca pensaron los granadinos en abandonar la ciudad. Después de cada catástrofe volvían al terruño, e insistían en edificar sobre los mismos cimientos de lo destruído, con fé persistente en su destino.

¿Pero será un mérito o un demérito la antigüedad de Granada, cuando su progreso no ha logrado la altura que corresponde a lo hondura de sus cimientos? Debemos confesar que ha sido lento el caminar de Granada por la llamada vía del progreso. Ciudades más jóvenes se han incrementado con gran rapidez y son ahora urbes espléndidas. Granada se ha desarrollado muy despacio; pero en su desarrollo no han intervenido causas extrínsecas, sino sólo intrínsecas. Como el gusano de seda, ella ha construído su capullo sacándolo de sus propias entrañas. Ciudad y raza se han desenvuelto a la par dentro de un círculo de poca elasticidad, sin auxilio ni concurrencia extranjera, individual o internacional. No recibió afluentes de inmigración; todas sus corrientes han brotado del mismo manantial.

Granada no ha padecido xenofobia. Por el contrario, ha sido acogedora para el extranjero tanto en lo social, como en la política internacional. No ha desconocido las funciones demográficas, económicas y culturales de la inmigración. Ya en enero de 1800, el granadino don Juan de Zavala escribía en un despacho dirigido a Madrid: «Si viniéran a este país algunas mil familias de colonos de loables costumbres con inclusión de ciento cincuenta a doscientos buenos artesanos, que se repartieran por sus principales poblaciones, harían increíbles progresos aquí; y si en las propias familias viniesen también cinco o seis sujetos de buena moral, conducta e inteligencia, para maestros de primeras letras, no es ponderable el buen éxito que causaría en la inteligencia de que entre estos honrados se les podría proporcionar un decente pasar o una congrua más que suficiente».

A pesar de estos reclamos, ya sea por su clima, por las intranquilidades de su vida o por cualquier otra causa, es lo cierto que Granada ha sido poco atractiva para la inmigración autónoma que dicen los economistas. El extranjero, en personas o en legión, ha venido, ha pasado y no ha dejado nada. Son excepciones, en este cuadro, las órdenes religiosas, que en los años del presente siglo han sido focos de ciencias y de cultura para la sociedad granadina.

Echaré una ojeada por los relatos de algunos cronistas y viajeros de diferentes épocas, para percibir ese crecimiento despacioso y aislado de Granada.

Escribió Juan López de Velasco en el año 1574: «La ciudad de Granada, en noventa grados de longitud, once y media de altura, diez y seis leguas de la ciudad de León, casi al sudoeste della y treinta y nueve de Nicoya, y veinte del puerto del Realejo, es pueblo de doscientos vecinos, que la mitad deben ser encomenderos, y en su comarca hay como cien repartimientos o pueblos de indios, en que debe haber, como seis mil quinientos o siete mil tributarios; es de la gobernación y obispado de Nicaragua; no hay monasterio, porque uno que había se despobló. Pobló esta ciudad Francisco Hernández; en nombre de Pedrarias de Avila, Gobernador de Panamá, año de 23 ó 24; está en tierra sana y más caliente que fría, y fértil y abundosa de maíz, algodón, cacao, miel, cera, y otros mantenimientos y comidas. Tiene su asiento en un llano, riberas de una gran laguna de agua que tiene de boj más de cien leguas, y más de treinta o treinta y cinco de travesía; hay mucho pescado en ella, y un género de závalos muy grande; desagua esta laguna en el mar del norte de la cual está a treinta leguas, y por ella y por su desaguadero se provee toda la provincia de Nicaragua de las cosas que se llevan de España al Nombre de Dios, a donde van y vienen con fragatas, que se hacen muchas en esta laguna, aunque la navegación de ella hasta la mar del norte no se tiene por muy segura».

El Obispo Morel de Santa Cruz escribe en 1752: «Hállase situada a una cuadra de la laguna en un llano arenoso: su clima es seco y bastante cálido: el viento norte que viene por sobre las aguas de la laguna, sopla con pocas horas de interrupción, y comunica algún refrigerio; en suspendiéndose se hace sensible el calor, especialmente si llueve; entonces con los vapores tan gruesos que arroja la arena, se aumenta. Es sin embargo saludable y el cielo muy lúcido y alegre. Más lo sería si un montecillo que cae hacia la laguna dejase franca su vista y si también las casas estuviesen empañetadas por fuera; las de los principales lo están, pero el resto de ellas carecen de esta circunstancia e impiden el lucimiento. El número de todas se reduce a más de seiscientas; las cuatrocientas de tejas y el resto de paja. Forman cuatro calles de oriente a poniente y otras tantas de norte a sur. Son anchas y algunas niveladas: la principal que llaman de Jalteba es la más capaz y se extiende hasta ocho cuadras, que terminan en la playa de la laguna. El agua en fin de ésta es la usada y tenida por saludable aunque gruesa. Adórnanla siete iglesias, es a saber: La Parroquia, San Francisco, La Merced, San Juan de Dios, San Sebastián, Guadalupe y Jalteba; casas de ayuntamiento y sala de armas».

El Bachiller don Domingo Juarros, en su libro «Compendio de la Historia de la ciudad de Guatemala», escribe: «Granada, ciudad alegre y hermosa, plantada a la orilla del Gran Lago de Nicaragua, que por esto llaman comúnmente la laguna de Granada: es poco más antigua que León, y la fundó el mismo Francisco Hernández de Córdoba, año de 1523. Su figura es la de un cuadrilongo; y se halla naturalmente fortificada con dos zanjas, que le sirven de foso: la situación de esta ciudad junto a la laguna, por donde sale al mar del norte y no lejos de la del sur, le ofrecen las más ventajosas proporciones para el comercio. Tiene decente Ayuntamiento, competente número de vecinos, de es-

tos los ochocientos sesenta y tres son españoles, europeos y criollos, novecientos diez mestizos, cuatro mil setecientos sesenta y cinco mulatos, y mil secientos noventa y cinco indios, situados en un pueblecillo inmediato. Adórnanla una iglesia parroquial suntuosa, un convento de franciscanos, tan antiguo, que es de los primeros que tuvo la religión seráfica en este reino: otro de mercedarios; el tercero de San Juan de Dios, como hospital; y una iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, con su enclaustrado. Yacen en la iglesia de Granada, los cuerpos de cuatro Obispos de León. Es patria del Venerable Padre Don Bernardino de Obregón y Obando, fundador de la Congregación de San Felipe de Neri en Guatemala, donde murió con grande opinión de santidad, año de 1694».

Lo descrito por uno de los cronistas, había ya dejado de existir, por depredaciones e incendios, cuando vino el otro cronista. Todo estaba sustituido por cosas nuevas, que la insistencia granadina, volvió a levantar. Al final de esta escala, la ciudad alegre y hermosa, plantada a la orilla del gran lago que dibujó el bachiller guatemalteco don Domingo Juarros, fué totalmente arrasada por William Walker. De sus templos, de sus casas no quedan más que los cimientos; sobre los cuales surgió nuevamente Granada, que seguía adelante en el inquieto desenvolvimiento de su raza y de cultura para hacerlas homogéneas.

Para comprender este desarrollo lento pero seguro, debemos fijarnos en el hecho, que se aplica a toda Nicaragua, de que se desarrolla como nación, girando sobre un eje formado entre dos polos, que trazan una paradoja económica. El primero de esos polos, está constituido por la gran facilidad de la vida ordinaria.

La tierra es fértil, espontánea para producir, abundantemente en frutos.—Los conquistadores se fijaron en esta llaneza

y facilidad. Los que partieron de aquí a la conquista del Perú, al sentir los apuros y escasez en aquella facción, **año-raban**, dice un cronista, **el paraíso de Nicaragua de donde venían**. Igual impresión le causó a Rodrigo de Contreras el segundo Gobernador. Su biógrafo y descendiente el Marques de Lozoya, fundado en datos del archivo de la familia Contreras, escribe: «Producía en ella la fecunda tierra cacao y algodón en abundancia y recogíanse grandes cantidades de cera y de miel; además de esto ningún otro país de la América ecuatorial disfruta de un tan sano y templado clima». **Tierra abundante y fácil de labrar**, dice otro cronista. En este sentido podía llamarse rico país. Y sin embargo, otro punto en que insisten unánimes los cronistas, es su pobreza, interpretada por la ausencia de fuentes de pronto y poderoso enriquecimiento. Aquí no había sino muy poco oro, que era la cifra máxima de la riqueza.

Los otros metales no se producían. No había un tráfico comercial de grande animación. Nadie se llenaba los bolsillos con presteza. Es esta pobreza la que forma el segundo polo del eje. Rica y pobre, tal la paradoja. La influencia contradictoria de estos dos términos en una sola unidad, hacía girar muy lejos el eje del progreso. Repito, la corriente inmigratoria fué exigua en tiempo de la Colonia, y ha sido nula después de la Independencia. Por eso el trabajo extranjero no ocupa lugar en nuestras empresas de formación.

La llaneza y las facilidades del suelo no dejaron de perjudicar también. Para ejemplo citaré dos hechos. Fué fundada Granada sobre un lecho de arena somera que hacía su tráfico suave, silencioso y limpio. Por esa facilidad natural no fueron empedradas las calles. Y por eso mismo tenemos ahora tan malas calles. Otro ejemplo: Rodrigo de Contreras, recorriendo el camino de Tipitapa a Granada concibió el proyecto de establecer el servicio de carretas, ti-

radas por bueyes, porque **la tierra llana es propia para el rodar de estos artefactos**. De esa manera, decía al Rey, para halagar la simpatía de la realeza por los indios, se les libraría del duro oficio de cargueros. Según parece, fué Nicaragua el primer país que tuvo carretas en América. Pero por la misma facilidad, nuestros caminos se quedaron solo de regular servicio veranero, y hoy se carece de buenas vías de comunicación para el comercio departamental.

Los hombres de Granada han abrigado en el corazón y en la mente dos instintos contradictorios. Por un lado les acuciaba la comezón de andar, de obrar, de expedicionar, que habían heredado de los conquistadores. Por otro los retenía el sentido de permanencia, que les infundió el amor al lugar, y cierta tendencia a la solidaridad social, que ha sido el material de mayor perpetuidad, con que se ha construido la sociedad de Granada. Muy recién fundada, los primeros impulsos hicieron saltar a los granadinos tras de arriesgadas empresas. Granadino era ya, y de granadinos se acompañó, el admirable sujeto Vázquez de Coronado, para conquistar y poblar Costa Rica. No hubo empresa de novedad, ni de riesgo en Nicaragua, adonde no concurriera el granadino con su persona o con su fortuna. Pero nunca parte con ánimo de no volver. Lo tira hacia acá el sentido de permanencia, que engendró esa porfía insistente de la ciudad, por sobre todas las contrariedades, destrucciones y ruinas.

Como tal insistencia ha sido geográfica, en la geografía se ha creído encontrar sus causales. Muchos cronistas e historiadores la vinculan a la situación privilegiada que le prestaba el lago con su desaguedero, que lisonjero, le ofrecía convertirla en puerto del Atlántico. Fué este camino de agua, aliciente de su animado comercio; pero ha sido también una engañadora esperanza, y no ha dejado de ser parte en contrariedades y contingencias. Por el desaguedero

circuló buen comercio, pero por el Desaguadero subieron piratas, corsarios y filibusteros. Todas las cosas tienen su más y su menos. Pero sufren error los que creen que Granada fué fundada por estas corrientes de ilusiones del río San Juan. Como vertiente de las aguas del lago, fué el río descubierta con posterioridad a la fundación. La cifra de la consistencia de Granada está en el lago, con o sin Desaguadero. Su denominador es la gran masa de agua dulce que la besa, que en ciertas épocas del año se desborda, inunda y humedece tierra adentro una buena extensión de terreno que queda reverdecido a perpetuidad. El lago es para Granada como el Nilo para Egipto: inunda, fertiliza y da vida a su región.

Permanece en la mente del granadino la ilusión del Atlántico, que envía, al través del lago, en el viento norte refrescante, mensajes de cultura y riqueza. Muchas veces, sin embargo, Granada ha estado incomunicada con el Atlántico. Por esta o por la otra causa, el río ha sido cerrado a una navegación expedita en los siglos de vida de la ciudad, sin que por ello haya perdido la razón de su existencia. El citado Obispo Morel de Santa Cruz anota esa interrupción del río, y sus consecuencias calamitosas: «La situación del zambo mosquito sobre la boca y costas del tránsito preciso, lo ha hecho cesar enteramente de veinte años a esta parte: con esta interrupción tan dilatada ni se piensa restablecerlo».

Testado lo del zambo, pareciera que Su Señoría Ilustrísima escribiera en la actualidad. Hay en el informe un párrafo que tiene miga para el lector granadino. Cala profundo en el espíritu de la ciudad; retrata, en dos palabras, por la forma y manera, a sus habitantes; y les brinda una lección provechosa. «La fortuna, dice el Obispo, que en este medio tiempo han tenido y de que al presente gozan sobre tener, es trabajar: consiste en transportar sus ganados a Guatemala y venderlos a cambio de ropa, estas por precio excesivo y

aquellos por lo que quieren sus compradores: el mayor atraso no es este, sino que en el discurso de la caminata unos se cansan y otros se ahuyentan con notable pérdida del dueño por ser el número cuantioso. En medio sinembargo de no tener otra negociación para sus adelantamientos se portan con una moderada decencia. Tienen sus casas adornadas de pinturas primorosas con marcos dorados y las demás alhajas correspondientes; ruedan calesas, se ven pelucas, brocados, tiznes, franjas, y un tren muy aparentado. No sé en fin si las apariencias se conforman con las realidades».

El medio tiempo del Obispo se va convirtiendo en tiempo entero, por unidad de pasado, presente y futuro. Granada sigue su camino, paso ante paso, por difícil vereda, siempre con moderada decencia. El carácter de sus habitantes persiste en cualidades y defectos: gustan de un tren aparentado; y hoy como ayer, no siempre las apariencias se conforman con las realidades. Granada insiste en su geografía y acepta las consecuencias. La palabra del Obispo Morel flota en el ambiente como una consigna: su fortuna es trabajar.

Cuando Granada era Granada, suele repetir el pesimismo, al enterarse de cada fracaso de su geografía ilusoria; pero reacciona incontinenti, por la geografía realista, al escuchar el oleaje del lago. El granadino que se siente desalentado, porque sus ganados y otros productos de su tierra se venden a precios exiguos, cambiados por cosas caras, va al amanecer a la costa, y desde la punta del muelle esparce su vista en el maravilloso paisaje del lago combinado con el Mombacho. El mismo panorama que atrajo la admiración de los conquistadores. Por donde quiera encuentra verdura y lozanía. Sonríe comprendiendo que esa enorme masa de agua dulce, que rumora dulcemente, y sobre la cual flotan las lanchas, sucesoras humildes del orgulloso bergantín de Hernández de Córdoba, está encargada por la Provi-

dencia de fertilizarle cada año la tierra, para hacer productiva su labor.

El granadino entonces respira hondo la fresca brisa, y regresa a su casa afirmando estas conclusiones: Granada es la ciudad más antigua de las fundadas por españoles en tierra firme americana. Granada ha caminado lentamente, pero también ha vencido muchas calamidades. Granada es señora de éste lago inmenso y de sus verdes riberas; tiene por lo tanto solar propio en que fincar una raza y una cultura homogéneas. Pero esto no borra la sentencia permanente del Obispo Morel; su fortuna es trabajar.

1943.

I, c. LAS DOS GRANADAS

—Significación histórica de un escudo—

En la pared cabecera del salón principal de la casa de la Municipalidad destaca y preside el Escudo de Granada, formado con azulejos. Es una bella obra salida de los talleres de cerámica de la ciudad española de Granada, que tienen capítulo en la historia del arte universal. La mayólica es fruto de la fantasía de la raza árabe, exaltada y educada en el ambiente español. Amaban los árabes de tal manera ese arte, que usaron el azulejo, material en que habían amasado tierra, agua y aire, con luz de sol, para construir sus monumentales edificios, prefiriéndolo al mármol que hubieran adquirido fácilmente en sus alrededores. Así fué levantada la Alhambra. Sobre ese material brillante se atrevieron a escribir, para fijar con su arte plástico el arte de su espíritu y del canto. Las Casidas del poeta Ben Zuruk, fueron indeleblemente consignadas sobre las paredes de mayólica, en la más lujosa edición de poesía que registra la historia.

Es la cerámica uno de los pasos primeros del arte humano, en sus primitivos avances. En América, nuestros indios modelaron también en barro rústico, pero comparable con la mayólica. Lo pulieron y transformaron para trazar originales figuras y atrevidas estilizaciones, en perdurables colores, que revelan buena aptitud para las artes plásticas. Nuestro pueblo, mestizo de españoles y de esos indios, ha contemplado complacido el Escudo de su ciudad, concedido por un Rey de España, y tan bellamente reproducido por un arte también de España. Una obra de esta clase muestra su excelencia por capacidad de sugerir sentimientos en virtud de su contenido. El Escudo, en que los colores azul y blanco parecen despedir luz propia desde la piedra cuajada,

vale más aún por su contenido histórico. El envió escrito al pie por la Municipalidad de la noble ciudad Granada de España, proclama la hermandad en la historia de dos poblaciones, colocadas por sus nacimientos a gran distancia en el tiempo, y ubicadas en continentes distintos con un Océano de por medio.

Qué vínculo, pues, unirá a esas dos poblaciones, para ser declaradas hermanas por dictado de la mayor?

Tiene la ciudad de Granada de España grande importancia en la historia general de América. Sobre ella fué puesto el punto final a la acción meramente europea de España. Desde ella se abrió, acto continuo, el capítulo del operar americano de la misma España. Trabajo recio fué el realizado para lograr la concentración de la Península en una sola nacionalidad. En todos los países de Europa fué larga y sangrienta la lucha para lograr encerrar en una sola nación, feudos dispersos y hostiles entre sí.

En España esa lucha se libró al mismo tiempo que había que pelear con un enemigo, fiero invasor, que atacaba las esencias de la cultura europea.

Las dos culturas antagónicas que libraron batalla de ocho siglos sobre tierra española, procedían de una misma fuente filosófica, pero corrían separadas hacia ideales muy diferentes. Tenían como fuente común la filosofía griega a partir de Platón y Aristóteles; pero al desenvolver sus propios destinos, la una, modificada por la influencia del cristianismo, levantó como su meta la Ciudad de Dios, de San Agustín, en donde deben imperar el espíritu y la caridad.

La otra corría sobre el cauce trazado por un caudillo genial, Mahoma, que le dió cohesión religiosa, pero la lanzó hacia el ideal de la ciudad tiránica, de Alfarabí, en donde imperan la carne y el placer.

Consecuencia natural de tan hondo antagonismo fué una terrible pelea. Los choques violentos, la batalla sangrienta; sin embargo, en la larga brega de ocho siglos, las dos culturas se rozan y no pueden menos que influirse mutuamente.

En la Granada española terminó esa lucha. Los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, que habían logrado unificar a los reinos de León y de Castilla, pusieron fin al dominio musulmán, quitándoles Granada, su último refugio, en costosa acción de guerra.

En la ciudad de Granada
grandes alaridos dan:
unos llaman a Mahoma,
otros a la Trinidad.
Por un cabo entran cruces,
de otros sale el Alcorán;
donde antes oían cuernos,
campanas oyen sonar.

Así terminó la tarea de la compactación de España bajo una sola autoridad. Pero debían proseguir los Reyes Católicos su política para lograr definitivamente la unidad nacional y religiosa. El aliento animador de toda la campaña había sido la fé cristiana. Una raza acostumbrada a pelear por tantos siglos, no podía quedarse quieta, al verse constituida en poderosa nación. España vuelve los ojos a todos los horizontes buscando la estrella de su ideal para seguirla.

Ocurre entonces una de esas coincidencias decisivas en la historia. Aparece Cristóbal Colón con su proyecto de navegante iluso. Esas coincidencias suelen ser preparativos providenciales para los grandes acontecimientos del mundo.

En el matrimonio de los Reyes Católicos hay divergencia de criterio respecto a la nueva dirección que deben dar a sus operaciones. Fernando quiere la expansión sobre Europa, siempre con estandarte católico. Isabel, siente más que piensa que tras la mar ignota está el destino imperial de España, y mira con simpatía los proyectos de Colón, de apariencia revesada. Descubierta América por una resolución tomada en Granada cuando todavía humeaban los cañones y patrullaban los ejércitos, surgió el gran campo de operaciones en lo militar y en lo espiritual. Tierras inmensas para conquistar, numerosas naciones indias para catequizar.

La ciudad de Granada de España se está formando penosamente como ciudad cristiana. Muchos de los guerreros triunfantes se quedan a vivir en ella en medio de los moros vencidos. Y como si fuera Granada pequeño escenario para ensayar la obra que se iba a realizar en América, se opera en la obra de incorporarla, por la penetración cristiana, en el alma infiel, y por la mezcla de razas por la atracción de los sexos.

Apenas ha crecido la primera generación nacida en Granada, cuando se agita España por el entusiasmo de la conquista de América. De esa primera generación de granadinos salen capitanes conquistadores que cruzan el Océano tras la fortuna. Granadinos de la primera nidada fueron: Gonzalo Ximénez de Quezada, fundador del reino de Nueva Granada; Pedro González de Mendoza, fundador de Buenos Aires en Argentina; Francisco Hernández de Córdoba, fundador de Granada y conquistador de Nicaragua.

Apenas tiene Granada de España treinta años de ser cristiana cuando Pedrarias Dávila, segoviano de larga carrera militar, es encargado por los Reyes Católicos de alistar y ejecutar una expedición a Panamá, para sustituir a Balboa,

el descubridor del Pacífico. Pedrarias en sus trabajos de alistamiento pone oficina de enganche en Granada, porque sabe que allí "hay gente resuelta, de la raza de los valientes que se quedaron en ella". Ambula por las calles granadinas Francisco Hernández de Córdoba, un muchacho sin ocupación conocida, hidalgo pobre nacido en barrio de Morería. Se le alborota el corazón al conocer las condiciones de la recluta, y logra engancharse como oficial de tercer orden.

Pensando y haciendo, un mes después navegaven mar tempestuoso hacia Panamá. Pedrarias, el viejo de hierro, cae sobre Panamá, rompe la obra de Balboa y domina con crueldad; mata al descubridor del Pacífico, y termina la conquista del Istmo y registra los horizontes buscando campo para sus ambiciones de mando y su codicia de riqueza. En ese momento, por nueva coincidencia histórica, de mucho menor magnitud que la llegada de Colón a Granada, llega Gil González Dávila de regreso de la expedición en Nicaragua, con las noticias de sus terrenos fértiles, de la inteligencia de sus indios y de la grandeza de sus lagos. Pedrarias decide conquistar esa región, e incontinenti puso mano a la obra. Prepara una legión muy seleccionada de valientes: Hernando de Soto, Ponce de León, Juan de Solís, Sebastián Benalcázar y otros no menores.

Pedrarias guardaba reserva sobre quién sería el jefe superior de esos bravos, que después cansaron a la fama con sus proezas. La mayoría decía: con seguridad nos mandará Hernando de Soto. Pocos días antes de la partida Pedrarias los notificó que el joven Francisco Hernández de Córdoba, "quedaba nombrado Lugar Teniente de Gobernador y Capitán General en estas provincias de la mar del sur". Grande fué la sorpresa de los otros capitanes por tal nombramiento, y mucha la inconformidad al verse subordinados del mozo granadino, que no había dado mayores pruebas de su ánimo e inteligencia.

Uno de los más viejos de la expedición, a quien Pedrarias permitía interrogaciones, le preguntó por qué escogía a Hernández para tan difícil empresa. Pedrarias contestó: **“Porque es granadino, y por tal, gente resuelta de conquista y asiento”**.

Hernández de Córdoba había crecido durante su permanencia en Panamá en ambiciones. Tuvo el alma abierta para recibir la influencia del ambiente americano: nunca arrugó el semblante ante las cosas ásperas de esta tierra. Un historiador cuenta, que cuando Pedrarias habló con Hernández para decidir su nombramiento, le preguntó: —Sois Granadino? —Granadino soy, contestó Hernández. —Lo digo, replicó Pedrarias, porque la gente de Granada, es gente fiera; allá llegaron en son de guerra, y se quedaron allá. —Yo no llegué, replicó Hernández, mi padre llegó, yo nací allá. —Pues te envío, terminó Pedrarias, para que conquistéis tierras y fundéis y hagáis una buena y rica provincia.

No fué tan difícil la empresa conquistadora de Francisco Hernández de Córdoba. Libró algunos combates, pero los indios no presentaron tenaz resistencia. El señor Teniente de Gobernador y Capitán General llevaba buen ejército, corto en número, pero de hombres resueltos y veteranos en esa clase de lucha. No lo seguiremos en su ruta. El objeto de este estudio es descubrir el vínculo entre las dos Granadas, la española morisca de España, y la española india de Nicaragua.

Marchando del Sur hacia el Norte, Hernández de Córdoba con sus huestes llegó a Xalteva, pueblo indígena, cabe al gran lago. Inspeccionó el terreno, recorrió la costa del lago, húmeda y verde, y penetró en las aguas dulces hasta mojarse los estribos. Decidió erigir un poblado, y de primera intención bautizarlo de ciudad. Trató en buena amis-

tad con el cacique de Xalteva. Hizo el trazado, conforme ley y costumbre, de la plaza en cuadrilátero y de las dos calles principales en cruz. Después procedió a levantar un templo suntuoso y un fuerte para defensa. Eligieron el primer ayuntamiento y escribieron el acta de fundación de la ciudad e instalación del ayuntamiento. El señor Diego de Texerina primer Alcalde de la nueva ciudad, preguntó al Teniente Gobernador:

—Cómo llamaremos al poblado, Capitán?

Hernández contestó sin vacilar:

—Le llamaremos *Granada*, es mi ciudad *Granada*, en la que nací. (!).

Granada no se apartaba de la mente de los granadinos que vinieron a América y aquí fundaron ciudad o familia. Así, cuenta también la historia que cuando Féderman, el tudesco, que vino a América, y expedicionó por Colombia, le preguntó a González Ximénez de Quezada: ¿cómo llamáis a esta tierra? Contestó Quezada:

De la Nueva Granada la llamo, por la ciudad en que nací.

Hernández de Córdoba, trazó plazas, calles, templos, con imaginación de andaluz. Trajo a hombros de indios el primer bergantín y lo lanzó sobre las olas del Lago. Cada día, al recorrer en su caballo la tierra llana, ensanchaba más y más con sus ilusiones el perímetro de Granada. Pero sus tareas de conquistador lo llevaron hacia el occidente y el Norte; fundó la ciudad de León, la gemela de Granada. Iba y venía en grande actividad. Sus conquistas llegaron hasta la frontera de Honduras. Destacaba a sus subordinados, que le iban después a superar en fama, para concluir la pa-

cificación de la provincia. Otro día despachaba a Hernández de Soto a explorar el Gran Lago, cuyas aguas hacían horizontes al divisarlas desde las costas granadinas. Todos le llamaban el Fundador. Por tal le reconocían y le acataban la gente india de Xalteva ya cristianizada.

Pero al viejo zorro de Pedrarias le intranquilizaba ese crecer de personalidad en su Teniente de Gobernación, el mozalbeta granadino. Por la misma calidad en que fundó su elección, principió a desconfiar de su crecimiento. Se decía: gente peligrosa resulta la granadina.

Y el viejo Pedrarias, mayor de ochenta años, cargada el alma de ambición y de codicia, y recargada, en ese momento, de sospechas y crueldades, se dejó venir a Nicaragua para desbaratar y reprimir supuestas o reales intenciones de alzamiento de su Teniente. Vino, puso en prisión a Hernández, le juzgó con prisas y le condenó sin razón. Esto sucedió en León, la ciudad gemela de Granada, capital de la provincia. Subió al patíbulo Hernández de Córdoba con valor de soldado, y con resignación de cristiano. Dijo al inclinar la cabeza al hacha del verdugo: "Ved el crimen que se comete en mí. Como no puedo apelar al Rey, decidle a Pedrarias, que a Dios apelo, y lo emplazo ante su justicia".

Y rodó la cabeza de Francisco Hernández de Córdoba, joven granadino, soldado de fortuna e infortunado, que sin llegar a los cuarenta años, fué Teniente Gobernador, Capitán General, conquistador de tierras para España y fundador de ciudades para Nicaragua.

La ciudad de León, en donde fué enterrado el Fundador, ya no existe. Su población se trasladó leguas lejos de los lagos, huyendo de la costa manchada por la sangre del Fundador y del primer Obispo, y perturbada por el rugido constante del volcán Momotombo, irritado por aquellos crímenes.

De las fundaciones de Hernández, sólo permanece Granada, cara al Gran Lago, luchando con adversa suerte para desenvolverse y cumplir el destino que le señaló el granadino de las dos Granadas.

Es posible que Hernández al morir haya consagrado su último pensamiento a las dos Granadas. Se diría: La Granada mía en que nací; la Granada mía la que fundé. En ese trágico personaje, que no pudo cumplir la obra de su vida, reside el nudo de la hermandad proclamada en el Escudo de azulejos, generoso obsequio de la Municipalidad de la Granada de España, punto de partida de aquella complicada existencia.

No he podido constatar cuántos granadinos vendrían a Nicaragua con Hernández de Córdoba. He registrado la lista de su ejército en "un documento sobre la repartición del oro que produjo la conquista de Nicaragua", que se guarda en el archivo de San José de Costa Rica. Desgraciadamente no se anota en ella en donde nació cada uno de los nombrados. Sus cuentas arrojan la ganancia para Hernández de **"trece mil seiscientos cincuenta pesos de buen oro"**.

Bien poco para tantos riesgos como corrió. Esa investigación la hice para explicarme las similitudes de carácter entre la gente de las dos Granadas. ¿Pudo haberlas producido el solo espíritu del Fundador? ¿Sería tan poderoso el soplo de su aliento de granadino enamorado de la ciudad en que nació, y enamorado también del paisaje en que fundó?

He leído en una Guía Del Viajero, sobre la Granada española: "Espiritualmente complicados, cerradamente localistas a veces también, por paradoja, dejando escapar su espíritu tras todo valor universal, los granadinos, andaluces ariscos más amantes de la gravedad que del regocijo, más trónicos que alegres, y cuando alegres, sobrios en su alegría,

más concentrados que expansivos, de inteligencia ágil y percepción aguda, ponen su acento sutil y grave en el idioma íntimo de Andalucía. Acentúa este carácter un matiz de indolencia en el que apoyan un concepto fatalista de la vida, que les defienden del entusiasmo inmediato y fácil, tendencia manifestada en refranes y modalidades expresivas de su lenguaje".

Este traje le viene al granadino nicaragüense, mestizo de español e indio, que acepta muy complacido para su ciudad la categoría de hermana menor de la Granada española y morisca; y se complace en ver brillar el Escudo en la mayólica de azul y blanco, que son los colores que dominan en la bandera y en el paisaje de Nicaragua.

1952.

-
- (1) **Ricardo Majo Framis: "Vida de los Navegantes y Conquistadores Españoles del Siglo XVI" (Francisco Hernández de Córdoba) M. Aguilar Editor. Madrid. 1946.**

I, d. DATOS PARA LA HISTORIA DEL TEMPLO DE SAN FRANCISCO DE GRANADA

Tuve el gusto de recibir la visita de los estudiantes universitarios: Cipriano Orúe Mairena y Octavio Robleto Robleto, encargados de la publicación de "Cuadernos Universitarios", revista que se publica en León, cabe a la Universidad Nacional. Me entregaron una finísima tarjeta del Rector don Mariano Fiallos Gil, en la que se me pedía mi colaboración para el próximo número que será dedicado a Granada. Conversando sobre el punto con mis visitantes, supe que se pondrá, adornando la portada, el retrato del Templo de San Francisco, que se levantó por todo el tiempo de la Colonia enlazado con el Convento de los Franciscanos, cuyo techo ha cubierto actividades de la inteligencia y del espíritu, pues después de la Independencia ha sido Casa Universitaria, Colegio de Granada e Instituto Nacional de Oriente.

Por esa razón, los encargados de la publicación han dispuesto poner su fachada como puerta abierta del número destinado a la ciudad gemela de León, la universitaria. Al saber esta disposición se me ha ocurrido tomar por tema de mi colaboración el dilucidar la antigüedad y mérito del templo que más de una vez ha despertado polémica entre historiadores.

Algunos de éstos afirman que San Francisco fue una Iglesia suntuosa, edificada por el propio fundador de Granada y León, Francisco Hernández de Córdoba, y ponen por causa de la dedicación de la Iglesia al Santo que iluminó la Edad Media, el ser el del nombre del conquistador. Don José Dolores Gámez está en el número de los que repiten tal teoría.

Para mí, existen dos fuertes dudas sobre la noticia histórica del origen de ese templo. La primera recae sobre la realidad de que Hernández de Córdoba haya podido edificar un suntuoso templo en la, en aquel tiempo, incipiente ciudad de Granada.

Pedrarias Dávila, dueño y señor de la conquista de Nicaragua y jefe imperioso de Hernández de Córdoba, en su carta - informe de la Conquista, al Emperador Carlos V, escribe este párrafo:

"De este pueblo a la Provincia Nequecherí hay 35 leguas, es la tierra hasta aquí muy poblada y abundosa, en esta provincia hay más término de tres leguas de poblado; en medio de ella se fundó y pobló la nueva ciudad de Granada, tiene en su comarca hasta 8.000 vecinos naturales de la tierra, y tiene muy buenos ríos y huertos y pesquerías y materiales, está ribera de la mar dulce; hizose en esta ciudad un muy suntuoso templo, el cual está bien servido y adornado".

Es respetable como fuente histórica el documento oficial de Pedrarias Dávila, que se basa en los informes que recibiera del fundador Hernández de Córdoba. Don Sofonías Salvatierra, en su libro "Contribución a la Historia de Centro América", objeta de imposible el levantamiento de una iglesia en el breve tiempo en que el desgraciado fundador actuó en Nicaragua, abrumado por la tarea de la conquista y de las otras fundaciones. Me parece que es atinada la opinión del Profesor Salvatierra salvo que el suntuoso, como calificativo, lo concretáramos a los adornos de altares, a la abundancia de piezas de oro, y no a la reciedumbre de los cimientos y altanería de la fachada del edificio.

Pero parece ser cosa cierta la intención del fundador de dotar a Granada, poblado a que dió el nombre de su ciudad natal, de un templo sobre hondos cimientos, con altas paredes y amplias naves, que fuera promesa de siglos de existencia y crecimiento para la aldea de casas de techo de paja, en que soltaba la fantasía de suntuosidades y riquezas a que eran tan propensas las almas de aquellos hombres.

La otra duda es si sería San Francisco actual la iglesia principiada por voluntad de Hernández de Córdoba, y proclamada ante Pedrarias y por éste ante el Emperador, suntuosa, por el aliento heroico de sus ilusiones. Me parece que no fué San Francisco la Iglesia de esa alegre referencia. Existía una ley para los conquistadores, en que se ordenaba que al fundar una ciudad en América, debían esparcir sus casas de manera que sus calles concurrieran a una plaza central, de forma rectangular, y en la cual debían levantarse tres edificios, que debían estar, por decir al habla, para dirigir la empresa del ensanchamiento de la ciudad y de su regimiento sobre los indios: La Casa Cabildo, la Iglesia Parroquial, y el Cuartel de la guarnición militar.

Dada esta ley, se impone la creencia de que, el templo de la soñada suntuosidad, era el Parroquial, ahora en activa reedificación elevado a la categoría de Catedral. El Cuartel quedaba vecino en la casa que es hoy Palacio Episcopal, y en el otro lado del rectángulo, se reunía sin suntuosidades, el Cabildo representante primero de la Autoridad Civil, en intención democrática.

La Iglesia de San Francisco fué edificada después, sobre una prominencia del terreno en que fueron colocados el templo y el convento, por disposición de la Provincia Franciscana de San Jorge, sin que haya tenido nada que ver en ello, Francisco Hernández de Córdoba, que como se sabe,

dos años después de sus disposiciones de eficaz fundador de León y de Granada, sucumbió, en la primera discordia civil que cuentan nuestros anales, sobre el cadalso, víctima de la suspicacia y del encono implacable del viejo Pedrarias. Efímero fué el paso de Hernández de Córdoba sobre tierra nicaragüense, pero eficaz en duración y permanencia su obra, al trazar un nuevo país al que puso bajo la dirección de dos ciudades construídas en plan de colaboración, constructiva y orientadora.

Pero, sin embargo, de esa inconsistente afirmación de la primacía de San Francisco en cuanto a su construcción, ha venido a resultar, después de tres siglos, por muchas vicisitudes corridas y ruinas sufridas, el templo más antiguo de la república.

Por las tormentas que ha sufrido Nicaragua, fueron destruídos los templos que se levantaron antes que San Francisco, o que le fueron coetáneos en edificación. Así la Catedral de León Viejo y las otras iglesias que ya funcionaban cuando vino la ruina de la ciudad capital de la Provincia, quedaron sepultadas bajo las aguas del lago de Managua.

Las Iglesias del León actual, son menores en edad que San Francisco. La Parroquia de Granada, mayor que San Francisco por las razones que hemos apuntado, pereció por completo cuando William Walker incendió a la ciudad de Granada. La obra que se llevó a cabo en la reparación del templo, fué incenciada también, fué además totalmente destruída por la explosión de la pólvora que el filibustero tenía almacenada en ella, y a la cual hizo estallar al abandonar la ciudad para que no la cogieran y ocuparan los centroamericanos vencedores. San Francisco también fue quemada, pero sus paredes y sus muros, quedaron ennegrecidos por el fuego, pero firmes, inconmovibles para base de

la reedificación. El fuego consumió el techo y todo lo que era de madera y material inflamable.

Mientras San Francisco se limpiaba los contiles del fuego, se engalanaba de nuevo con los adornos tropicales de su arquitectura respetando antiguos trazos coloniales, la Parroquia se convirtió en un solar que por años esperaba el esfuerzo de reedificación para volver a ocupar el puesto que la correspondía desde la intención fundadora de Granada, de ser centro del culto granadino a Jesucristo. Todavía está en vías de reedificación la vieja parroquia, mientras San Francisco desde años antes de que yo naciera, fecha que queda ya, ¡ay! bastante atrás en el pasado tiempo, seguía abrigando sagradas ceremonias, y lanzando a los vetustos claustros del Convento el perfume de incienso de la liturgia como señal de vida de la fe perdurable de la ciudad.

Tiene este templo personalidad respetable para testimoniar en los hechos históricos de Granada, desde su primer siglo hasta el que estamos corriendo con síntomas de decadencia. Durante la administración del segundo Gobernador de Nicaragua, Rodrigo de Contreras, en sus celdas habitó Fray Bartolomé de las Casas; y desde su púlpito predicó ardoroso, oponiéndose a la proyectada expedición de Contreras al Río San Juan, porque ella iba a costar sacrificios a sus protegidos, los indios.

El edificio, comprendiendo Iglesia y Convento, ocupa un solar de más de una manzana, con prominencia de unos cuatro metros que sostienen gruesas murallas. Se sube hacia las puertas de la Iglesia y del Convento, por una gradería de piedra viva y maciza, traída del Cerro Posintepe, mina de granito negro que ha dado toda la piedra cementadora de la ciudad. Sin embargo, de la dureza y finura del

material de las gradas, están gastadas por las huellas dejadas sobre ellas en el tránsito de la ciudad hacia cosas espirituales e intelectuales. Durante los siglos de La Colonia, en sus claustros enseñaban Humanidades los frailes a los jóvenes granadinos que concurrían a oír lecciones de Gramática, Latín, Filosofía, y algo de Matemáticas. Un cronista de la época dedica a este convento esta apreciación:

"En aquellas tierras, pobreza hay; pero esa es nuestra profesión; hay sujetos doctos y lucidos; así en la religión como en el Clero, y mucha nobleza en aquella ciudad".

Guardo en mi archivo, respetuosamente, un Certificado del siglo XVII, extendido a uno de mis abuelos Quadra, por "Fray Policarpo de León, de los Frailes Menores de la Regular Observancia de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, Guardián, Definidor y Custodio de la Provincia de San Jorge de Nicaragua. Otorgado en este Convento de San Francisco de Granada".

Después de la Independencia, y ausentados los Frailes por decreto de expulsión en 1826, el Convento no cierra sus puertas a la enseñanza y se suceden en sus claustros, serie de profesores seculares dando lecciones en el Bachillerato de Filosofía a las generaciones de jóvenes granadinos. De allí salieron los primeros directores de la República, en colaboración o en contradicción, que para estas cosas de la cultura casi da lo mismo, de los que procedían del Convento de San Francisco de León de Nicaragua. Dentro de sus muros se cambió el Bachillerato de Filosofía por el enciclopédico de Ciencias y Letras, importado por los Profesores españoles que vinieron al país en el año de 1874, e implantaron la enseñanza de las Ciencias Matemáticas, en programas que prevalecen hasta el día.

Y la procesión continúa año tras año, década tras década, subiendo la gradería de piedras negras y formada en

dos filas, de los que van a implorar a Dios a la Iglesia y de los que van al Convento en busca de la enseñanza para mejorar la inteligencia y adquirir cultura científica.

Las naves de San Francisco pueden testimoniar las alternativas de nuestra sociedad, entre épocas buenas y épocas malas, tiempos de prosperidad, tiempos de sufrimientos y ruinas. Todo granadino hará eco a esa declaración devolviéndola en un ruego a Dios, para que nunca se cierren las puertas ni del templo ni del antiguo convento, ambos casas de nuestros espíritus.

I, e. ¿CUANDO VINO "DON QUIJOTE"
A NICARAGUA?

I

Con motivo del Cuarto Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra, la Academia Nicaragüense de la Lengua deseó obtener datos sobre el tiempo en que vino por primera vez el libro, al cual llamaba Rubén Darío «la maravilla escrita». Preguntó a los nicaragüenses; y suplicó que cualquiera le enviara los datos que poseyera sobre las importaciones del áureo libro a nuestra patria. No se obtuvo al respecto ninguna contestación, posiblemente por causa de que la atención pública permanece por ahora, y por siempre, absorbida por la política, que no le deja lugar para otra clase de averiguaciones.

No hay dato cierto del arribo a nuestras playas por primera vez del ilustre manchego, encantado y encantador, entre las páginas de un libro maravilloso.

Cuando se ataca a España como colonizadora, en el deseo de sus detractores de exhibirla como oscurantista y opresora, le hacen el cargo de que tenía prohibido rigurosamente el envío e introducción de libros de entretenimiento a las Indias. El chileno Amunátegui dice: «Los hispano-americanos no podían leer poesía, novelas o cualquier otro género de entretenimiento. Según lo establecido por la ley, los colonos no hubieran podido gozar del deleite ofrecido por «El Quijote» o las obras teatrales de Calderón y Lope de Vega».

Exagera Amunátegui, pierden el compás los críticos de los sistemas coloniales de España, que se fijan en este tó-

pico. En realidad fueron emitidas algunas cédulas reales que contenían la prohibición de que cierta clase de libros vinieran a las Indias. Por su propósito de cristianizar estas tierras, la metrópoli permanecía muy vigilante de todo aquello que pudiera perturbar la labor insigne de la catequización de los indios. Una cédula —por ejemplo— de 1531, decía en su parte expositiva: «Pasan a las Yndias muchos libros de Romance, de historias vanas y de profanidad, como son el amadis y otras desta calidad». Otra cédula de 13 de septiembre de 1542 se expresa en términos más directos: «Por llevarse libros de Romance y materias profanas y fabulosas, como el amadis y otros desta calidad de mentirosas historias, se siguen muchos inconvenientes, porque los indios que supieren leer, dándose a ellos dejarán los libros de sana y buena doctrina, y leyendo los de mentirosas historias aprenderán en ellos malas costumbres e vicios y demás desto podrían perder la autoridad a las Sagradas Escrituras y Doctores Santos, creyendo como gente no arraigada en la fe que todos nuestros libros eran de una autoridad y manera».

Con todo y la prohibición de la cédula, los libros de caballería invadieron al Nuevo Continente desde muy temprano de la conquista. Los trajeron los conquistadores en sus mochilas y en sus magines. En esos libros de historias mentirosas tuvieron origen los mitos de la conquista, que exaltaron y extraviaron las ilusiones de aquellos españoles, por raza y por época, tan propensos a tales extravíos. Los caribes gigantes, la fuente de la eterna juventud a que deseaba llegar a bañarse Ponce de León. Las Siete Ciudades Encantadas de Cibola. El Cacique Dorado, la casa del sol, el oro derretido de las entrañas del volcán de Masaya y otras muchas locuras que trastornaron a los férreos conquistadores, tenían sus raíces en los extravagantes capítulos de aquellos libros anatematizados por las cédulas.

¿Cuáles de esos libros de caballería se propagaron más en América? Según se deduce de las propias cédulas fué el Amadis de Gaula el más leído de los primeros españoles americanos. Así lo dicen también varios historiadores. En Nicaragua no fué el Amadis el que prevaleció. Nuestro libro de caballería fué el intitulado Los Doce Pares de Francia, que pertenece al ciclo Carolingio. Sus relatos fantásticos quedaron grabados en la fantasía de nuestro pueblo. Sus pasajes inspiran la mayor parte de nuestro folklore caballeresco. Conocida es la anécdota del indio a quien le dió en hablar con énfasis inusitado, y preguntado por la causa contestó que hablaba así:

«Por no perder la arrogancia
 porque voy a hacer de Rey Moro,
 en Los Doce Pares de Francia»:

Indudablemente las cédulas reales prohibitivas nunca fueron aplicadas con rigor en Nicaragua, ni recayeron en Hispanoamérica sobre Don Quijote de la Mancha.

Cada día se investiga más sobre los archivos y se encuentra el investigador con un comercio más y más animado de intercambio intelectual.

Fray Jerónimo Román, en su libro «Repúblicas del Mundo» afirma que la librería del agustino Fray Alonso de la Veracruz, que fué vendida en siete mil ducados, pasó entera a México para ilustrar el convento de esa orden. Como cosa natural, donde está el convento, están los libros. Ya San Benito, al fundarlos, aconsejaba: «Que haya muchos libros en el convento y pocos en cada celda». Guardo datos de que en la primera mitad del siglo XVII, a la biblioteca del convento de San Francisco, «iban asíduos, a leer, jóvenes aplicados de esta ciudad».

En la América española los aficionados a la literatura recreativa se divertían tanto o poco menos que los de la *Madre Patria*. Guillermo Lohmann Villena en su estudio intitulado «Los Libros Españoles en Indias», asegura que *La Celestina*, la bellísima e insuperada tragicomedia, fué la obra que al correr de los años del siglo XVI alcanzó mayor popularidad en las colonias españolas de América.

En Nicaragua, después de Los Doce Pares de Francia, el libro de mayor influencia sobre la imaginación popular, fué el *Pedro Urdemalas* de Salas Barbario. Sus capítulos volaron de ciudad en ciudad, de aldea en aldea. Sufrieron sus relatos transformaciones hasta en el apellido del personaje central. Los campesinos le llaman Ordemales. El pueblo de las ciudades dice Pedro Urdemales. Todos los nicaragüenses nos deleitamos en la infancia con el relato que nos hacían las chinas y las madres, de los conflictos permanentes entre Juan Dundo y Pedro Urdemales. La víctima y el victimario, el sufridor y el inquieto. Manuel Coronel Matús, muy al principio de este siglo, con el pseudónimo de El Bachiller Sansón Carrasco, trató de restablecer el verdadero apellido de ese personaje de conseja, probando con amenos razonamientos, que se debía decir URDEMALARAS y no URDEMALES. Decía Coronel que eran malas, es decir, malas pasadas, travesuras, burlas, y no males, o sean injurias o crímenes las que urdía de continuo, para divertirse a costa de Juan Dundo, el muy travieso Pedro de la leyenda.

Pero siguiendo la huella del Quijote, se me ocurre como cosa muy natural, que habiendo venido acá los libros de caballería, tras de ellos se apareciera *Don Quijote*, que para perseguirlos nació en la primera intención de Don Miguel de Cervantes Saavedra. El sabio Rodríguez Marín, afirma a este respecto que el libro *Don Quijote* de la Mancha pasó muy campante al Nuevo Mundo en el mismo año en que apareció en España. Por arduas investigaciones ha

podido constatar que 346 volúmenes del Quijote fueron despachados a América en la flota que se hizo a la vela en las costas de España a mediados de 1606.

El bachiller Francisco de Osuna, según cita de Lohmann, escribió un discurso titulado Don Quijote en América, en 1911, y dice que entre los legajos que estudió de los Archivos de Indias, pudo constatar que los envíos de volúmenes de la primera edición del Quijote a América, fueron de 361, y agrega que era esto una cantidad nada despreciable porque en aquel entonces las ediciones raramente excedían de 750 ejemplares.

La remisión de la referencia vino destinada al Perú, entonces la más rica de las colonias. En un estudio sobre el intercambio mercantil de los libreros del siglo XVII, entre la metrópoli y América, consta que en Sevilla fueron despachados, por el mercader Juan de Sarría, 61 cajas de libros consignadas a su hijo, que era librero en la ciudad de Lima. Sarría, el hijo fué hasta Portobelo a recibir el cargamento, y como no tenía efectivo suficiente para satisfacer los gastos de flete y otros recargos, tuvo que vender de emergencia ocho cajas allí mismo en el puerto. En esas cajas se hallaban «setenta y dos ejemplares de la primera edición de la obra máxima del Príncipe de los Ingenios».

En esa misma época era muy activo el comercio entre Nicaragua y el Perú. Los comerciantes granadinos viajaban con mucha frecuencia a Portobelo. La ruta interoceánica por Nicaragua se disputaba el tránsito del comercio entre el Perú y la metrópoli, con la ruta panameña. Los granadinos eran porfiados en esa pelea comercial. Tan animado llegó a ser ese comercio, que ciertos intereses metropolitanos se sintieron perjudicados y lograron se dictara una providencia de 28 de marzo de 1620 en que se prohibía la navegación entre la provincia de Guatemala y el Perú. Nicaragua re-

clamó contra esa determinación. El comercio de Granada se dirigió a las autoridades del Reino en términos acuciosos, y logró que la prohibición fuera levantada. Dice Ayón, después de relatar este episodio, que los benéficos resultados del restablecimiento del comercio se dejaron sentir inmediatamente. Los granadinos construyeron navíos para sus viajes comerciales. El trato entre El Realejo y El Callao fué animadísimo. El tránsito también de mercaderías se hacía indistintamente por tierra de Panamá y tierra de Nicaragua. Los granadinos estaban ricos en esos días según el mismo Ayón. Era el tiempo en que Don Quijote, entre cajas, realizaba sus primeros viajes a las costas americanas.

Creo que me será lícito suponer que entre esas cajas vendidas por el apurado librero de Lima haya sido más de alguna adquirida por los comerciantes granadinos que ambulaban entre los mercados de Portobelo. Queda, pues, establecida, una probabilidad grande de que volúmenes de la primera edición del Quijote hayan circulado entre los lectores nicaragüenses.

Pero, ¿qué se hicieron esos volúmenes? ¿Dónde fueron a parar? ¿Existirá todavía algún ejemplar despreciado entre los libros viejos de cualquier casa de León o de Granada?

Ninguna noticia cierta puedo comunicar al que haya tenido la paciencia de leerme hasta este párrafo. No he podido hallar dato fehaciente sobre la importación del Quijote a Nicaragua, sino hasta fecha situada en los años finales del siglo XVIII. De estos sí puedo decir con seguridad, no sólo de su arribo a Nicaragua, no sólo de su llegada a esta ciudad, sino de su entrada en mi propia casa.

1948

I, f. **CHONTALES, LA TIERRA DEL "CAMPISTO",**
EL GAUCHO NICARAGUENSE

He terminado una detenida lectura del libro «El Pueblo Extranjero» (Monografía de Chontales), por el Doctor Julián N. Guerrero C. Ha sido tiempo agradable el empleado en recorrer esas páginas en donde aprendí cosas nuevas de esa región, panorama de alegres recuerdos de mi juventud, campo dilecto de mi patriotismo. El autor ha revelado una verdadera vocación de historiador. Su trabajo, aun reduciéndolo a los simples movimientos para recoger datos, examinar archivos, visitar ciudades y pueblos, evidenciar la topografía de un extenso departamento, ha sido ímprobo. Después, ha procedido a ordenar todos esos elementos y a exponerlos en una prosa clara, sostenida y con frecuencia elocuente.

La concepción geográfica del paisaje ha sido artística. Las riquezas naturales del lugar, la extensión de las verdes llanuras, la importancia de las montañas, despiertan, en los que conocemos la región, un recuerdo preciso de su belleza, y han de despertar curiosidad de verlas en los que no las han contemplado mas que en las líneas del libro, rico en informaciones.

La referencia a las antigüedades que esa tierra guarda inéditas, como huellas de pueblos desaparecidos, y que corresponden en el tiempo a la prehistoria del departamento, es interesante; y cuando se piensa que lo realizado por el doctor Guerrero, ha sido esfuerzo propio, sin auxilio del Estado, ni ayuda de institución, como sucede siempre en Nicaragua para esta clase de obras, crece en el lector y en el crítico el aprecio de lo que he llamado su «vocación de historiador».

Principia como una introducción al tema, por estudiar las razas aborígenes que poblaban el Continente Americano antes del descubrimiento. Examina las teorías que se han sucedido sobre los orígenes probables de los pueblos precolombinos. ¿De dónde procedían? ¿Por dónde vinieron? ¿En qué otro Continente están sus prístinas raíces? ¿Fueron terrestres o marítimas sus jornadas para alcanzar estas tierras americanas? Concretada la circulación de esos pueblos al territorio nicaragüense, crece el interés en el autor por percibir las huellas auténticas y desechar las falsas, y consigue llevarse al lector tras de ese interés impregnándolo de sus observaciones e inclinándolo por sus teorías. En esa tarea el Doctor Guerrero levanta la pista con su insaciable curiosidad sobre la tribu llamada Chontales, cuyas huellas primeras encuentra en el Departamento de Rivas y las sigue por la orilla oriental del Gran Lago hasta llegar tras ellas a la costa del Atlántico.

Seguro ya de la pista y encariñado con la tribu de sus investigaciones, el autor, en busca de pruebas del carácter indomable y constancia de rebeldía de los Chontales, fijó su atención en el viejo libro «Caciques Heroicos», que guardo yo en mi biblioteca. Se detiene con amor en el capítulo que corresponde al Cacique Nicoraguán, que realizó una heroica resistencia contra los conquistadores, digna de inspirado canto épico. Insinúa o mejor dicho, propone la identidad de ese Nicoraguán, con el nominado Chontales que vive en la tradición o leyenda que guardan los nicaragüenses descendientes de la tribu valerosa. Las probabilidades de la proposición de Guerrero tienen valor. Es cosa cierta que cuando todas las otras tribus indígenas estaban ya tranquilas, sometidas al conquistador, los chontales no bajaban la cerviz al yugo y se mantenían en porfiada rebelión.

En los Tomos III y IV, de la colección de documentos que ha recogido el Doctor Andrés Vega Bolaños, Embajador

ESTUDIOS HISTORICOS

de Nicaragua en Madrid, acuciosamente en los archivos españoles, en una labor digna de alabanza, se encuentran nuevas pruebas de esa contumacia heroica de los chontales. En la página 180 del Tomo III, de la bien ordenada colección de Vega Bolaños, corre inserta una «información sobre los méritos y servicios de Benito Dávila, vecino de la ciudad de Granada. Se siguió ante el Teniente de Gobernador Luis de Guevara, iniciándose en dicha ciudad el 15 de Enero de 1533. Archivo General de Indias, Sevilla, Audiencia de Guatemala. Legajo 110».

De ese documento copiaré un párrafo. Respetaré la ortografía del texto que le da sabor de antigüedad y le hace más respetable como testimonio histórico:

«Fasta entonces en esta tierra no avia avido guerra ni muerto christiano a manos de yndios ni otro ningund contraste en los llanos adonde a la sazón los christianos estaban salvo el recuento que fue de la syerra de juana mostega e con los chontales e no otro ninguno».

Páginas adelante del mismo tomo, en la 195, uno de los testigos llamado Cristóbal García, presentado por Benito Dávila, confirma la tesis en estos términos:

«Que ha avido muchas veces alsamientos de yndios e conquista con ellos los españoles por los pacificar e traher al servicio de su magestad y que han muerto christianos e quemado pueblos como fue el del valle de vlancho donde mataron muchos christianos e lo mismo en el pueblo de las minas de gracias a Dios en la conquista e pacificación se ha avido mucho mas trabajo que en los principios».

Existiendo en la actualidad y entre la gente que vive en la tierra de la tribu rebelde, la tradición de un cacique Chontales, bravo y porfiado en su empresa; estando bien

probado que su pueblo fué el único que quedó alzado en rebeldía después de que Hernández de Córdoba había re-dondeado su dominio sobre la estrecha costa del Pacífico, es lógica la deducción que hace Guerrero de que pueden ser una sola persona el tal Chontales y el heroico Nicoraguán de la crónica escrita por Fray Nemesio de la Concepción Zapata, de la Venerable Orden de San Francisco de Asís. También son válidos los argumentos de Guerrero para fortalecer en cuanto a su historicidad ese relato, cuyo argumento fué tomado de papeles originales que están guardados en el Archivo de la Colección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de España.

Llama la atención la semejanza del nombre del cacique heroico con el de Nicaragua, que ha dado nombre a la Nación, y que regía en los años de la conquista en lo que es hoy Departamento de Rivas. Parece que ambos nombres se derivan de una misma palabra y de una misma lengua. Puede ser esta similitud prueba de que los chontales habitaron primeramente en el territorio rivense. Después, vencidos por otras tribus que probablemente procedían de México, cruzaron en derrota el Gran Lago y se derramaron sobre las regiones de las montañas de Amerrique y sobre todos los campos que median entre el Gran Lago y el Océano Atlántico.

Nicoraguán y Nicaragua vienen a ser en nuestra historia dos cifras contradictorias, que representan dos tesis antagónicas en lo que pudiéramos llamar la política exterior de los indígenas que poblaban Nicaragua en el Siglo XVI. Representa Nicoraguán la tesis heroica de una resistencia hasta la muerte y el aniquilamiento ante el extranjero invasor, prefiriendo desaparecer antes que consentir en ser absorbido por otra raza. Representa Nicaragua la tesis filosófica de la convivencia consentida, de la composición de elementos humanos para salvar ante lo irremediable siquiera

el espíritu de su raza. El uno es la expresión de un heroísmo severo que se precipita en el abismo de la negación absoluta; el otro la despierta perspicacia que comprende el destino ineludible y resuelve salir a encontrarle para penetrar en él hasta donde sea posible y salvar algo de sangre y de espíritu de su raza, entregándola a las combinaciones del mestizaje.

Ciertamente que Guerrero ha planteado con habilidad un interesante problema de nuestra historia. Siento simpatía por la inteligente vocación del autor cuando presenta atrevidamente esta clase de cuestiones. Debemos confesar con tristeza que en nuestra sociedad se miran con indiferencia esas cosas, que sin embargo forman parte del material usado por el Creador para echar los cimientos de nuestra Patria. Debemos recoger y cultivar en la mente de los que estudian todos esos antecedentes básicos en la formación del carácter de nuestro pueblo. Ingredientes de grande significación en las combinaciones de sangre y de cultura por que ha pasado el movimiento creador de la nación. La heroicidad de Nicoraguán, la filosofía práctica de Nicaragua, el inconducente valor de Diriangén, la despierta inteligencia que revelaron nuestros caciques en sus famosos diálogos con los conquistadores; todo debiera ser evidenciado, estudiado a fondo, repetido con amor en las escuelas y cantado por nuestros poetas, como fuertes antecedentes de nuestra extirpe en su vástago primeramente enraizado en esta tierra que nos dió Dios.

Razonable es todo lo aducido por el Doctor Guerrero para reforzar el testimonio rendido en el relato de Fray Nemesio de la Concepción Zapata. Es claro que los encuentros del cacique heroico no pudieron ser con Gil González Dávila, porque de este explorador español existe auténtica la crónica de la aventura del descubrimiento y primer recorrido del territorio nicaragüense por españoles. Las

peleas de Dávila fueron con Nicoya en forma leve, y su único encuentro de consideración fue con Diriangén, localizado en el Departamento de Rivas, en las márgenes del río que corre hacia el Lago con el nombre de Gil González.

Todo está bien comentado por el autor; pero, me asalta una duda sobre si sería el territorio del departamento biografiado por el Doctor Guerrero el trágico escenario de las proezas del cacique legendario, llámese Nicoraguán o Chontales.

Por esa tierra habían pasado, indudablemente, en siglos anteriores los chontales. En ella habitaron no sabemos cuánto tiempo hace. Los datos históricos están indicando que para la época de la conquista ya no eran los chontales los dueños de esas montañas eminentes, de esos llanos rasos y de esas costas del Gran Lago. Chontal, según filólogos que han estudiado las lenguas indígenas, es un vocablo de origen mexicano que significa **extranjero, emigrado, gente sin tierra**. En realidad, los chontales eran huéspedes que no insistían, ni podían insistir por un largo período sobre un territorio circunscrito. Ellos no conocieron el cultivo de la tierra; y vivían de la caza, de la pesca y de los frutos espontáneos de las plantas silvestres. En cuanto estos alimentos se agotaban tenían que seguir adelante para reponerlos en nuevas tierras vírgenes. Generalmente las tribus de América determinaban su mayor o menor cultura por el cultivo del maíz, que no fructificaba silvestre. Fue el maíz, como el trigo en el Viejo Continente, el cereal cifra de civilización. La agricultura que ata a la tierra, hacía que se reunieran en poblado. Los estimulaba para levantar caseríos, y los reunía en forma de pueblos estables que se ordenaban bajo una autoridad más o menos eficaz. Los chontales no fueron agricultores; las tribus agricultoras se enraizaron en las fértiles costas del Pacífico, en donde las encontraron los españoles establecidos en cacicazgos en una cadena que

pudiéramos llamar estaditos, que venía desde la frontera de Honduras, por los departamentos de Chinandega, León, Managua, Masaya, Granada, Rivas, y Nicoya, hoy departamento de Guanacaste, en Costa Rica.

Esos chontales de la rebeldía me parece que estaban ubicados en una región que comprendía a los departamentos de Boaco y Matagalpa, extendiéndose hacia el Atlántico. De esa región, como lo dice el Doctor Guerrero, se podía tomar como capital, estirando la palabra, a Sébaco, noble ciudad ilusoria de Felipe II, sobre sus tamarindos de oro.

Todo indica que los conflictos de los chontales con los conquistadores surgían por cuestiones mineras. Pacificada la costa del Pacífico, las expediciones de los españoles hacia el interior eran en busca del oro: una vez descubierta una mina establecían su explotación con carácter de urgente, con procedimientos rudimentarios que necesitaban un trabajo intenso, que ellos atendían con la esclavitud de los indígenas. Sobre este capítulo de la búsqueda del oro en Nicaragua, y de la lucha con los chontales, he encontrado pruebas fehacientes en los tomos que he recibido de los documentos coleccionados por el Doctor Vega Bolaños.

En el Tomo IV, en un proceso seguido en 1533, declara el muy magnífico señor Don Diego Alvarez Osorio, electo Obispo y protector de los caciques e indios:

«A la décima pregunta dixo que lo que sabe desta pregunta es que este testigo viendo la gran mortandad que avia de yndios en las minas por razón de los excesivos trabajos que en ellas tenían lo hizo este testigo como protector saber a su magestad para que los remediase y entretanto este testigo hizo ver requerimiento al dicho licenciado Castañeda para que suspendiese el cojer del oro hasta tanto que su magestad lo mandase remediar porque en esta sa-

zón los yndios chontales andavan revelados y traya esta cibdad vna guarnición de gente en las minas que costava a los vezinos desta ciudad quatro mil pesos de oro».

En una residencia que se le hace al Licenciado Castañeda, Gobernador interino de Nicaragua, se descarga en uno de los puntos diciendo «que en las minas de esta provincia se rebelaron los yndios chontales e se alzaron e mataron cristianos españoles e los cristianos que allá estaban se querían venir huyendo e despoblar dichas minas».

En toda esa documentación resulta que lo que preocupaba más grandemente a las autoridades de León y de Granada eran las actividades de los indios chontales en plena rebelión y muy resueltos a no dejar explotar las minas de oro. Por donde quiera en las líneas saltan los bravos indios, ya preparándose, ya atacando, ya destruyendo, todo realizado con audacia y ferocidad. En la página 699 consta esta alarma:

«Dizese agora publicamente por personas que vienen a las minas que a tres meses que son certificados que los chontales no hazen otra cosa sino hazer varas e flechas para venir a dar en los christianos e bien allo que no avemos de acabar asi livianamente con ellos porque jente que esta determinada de no servir antes que dexen su tierra an de provar muchas cosas».

Toda la orientación que puede obtenerse en los textos de la colección, y de los historiadores, nos lleva a establecer que el teatro de esa rebeldía estaba lejos de las costas del Gran Lago. La alarma repercutía más en la ciudad de León, situada entonces en las márgenes del Lago de Managua, que en la ciudad de Granada, que era la que desempeñaba de centinela del Gran Lago. Las minas devastadas y seriamente hostilizadas se llamaban «Gracias a Dios» y «El Espí-

ritu Santo». Sería conducente localizar esas minas y la Sierra de Juana Mostega, en donde se libró el reencuentro que pudiera identificarse con la batalla que nos describe el Fraile Zapata en su relación sobre Nicoraguán, para reconstruir el teatro de la tragedia de los chontales.

Las señales de pretérito tiempo indican que en el de la conquista sólo quedaban en el territorio del hoy Departamento de Chontales, indios dispersos en pequeños números, sin llegar a formar tribus. Vagaban por la montaña, hablaban diversas lenguas según sus diversas procedencias. No tenían explotación laboriosa de la tierra, no eran mineros, no eran agricultores; no sostenían comercio cercano con los conquistadores. Probablemente descendían de pequeñas columnas que se quedaron rezagadas cuando sus tribus pasaron en remota época por esos llanos y por esas montañas, siempre errantes.

Samuel Kirkland Lothrop en la Introducción del Tomo I de su libro «Cerámica de Costa Rica y Nicaragua» afirma que **Chontal** es un vocablo del idioma nahuatl, que no significó nombre propio de pueblo determinado, sino que llegó a ser una cifra con que se valoraba a los pueblos ajenos a la cultura mexicana; como significó la palabra **bárbaro** entre griegos y romanos: Pueblos de cultura inferior a quienes se miraban con desdén cuando eran mansos o con hostil severidad cuando eran agresivos. Y comenta el mismo autor: «Para los pueblos que habitaban al Norte y al Este del Lago de Nicaragua los primeros españoles recogieron el nombre de **Chondales, Chontales o Ulvas**».

En la historia de la conquista no consta de excursiones a esas costas del Gran Lago ni menos de penetraciones montaña adentro. Las expediciones fueron siempre dirigidas hacia el Desaguadero. Interesaba el descubrimiento y la conquista de las márgenes del Río San Juan hasta el

Atlántico; limpiarlas de indios hostiles para poder establecer una navegación despejada. El interés por la ribera oriental del Gran Lago y sus interioridades, vino bastante después, cuando la colonia estaba ya establecida bajo un gobierno que ordenaba las cosas en el sentido de sistemática explotación económica.

Es posible que en los tomos que están por llegar, de la colección del Doctor Vega Bolaños, encontremos nuevos datos sobre las relaciones entre las riberas oriental y occidental del Gran Lago. Guardo yo, en la memoria, una teoría respecto al proceso de la colonización de esa extensa y rica región de Nicaragua y no resisto la tentación de referirla. No la he adquirido por la lectura de libros viejos ni nuevos, ni hurgando archivos. Es una tradición que pudiera llamar familiar. La escuché en mis años mozos de boca de mis mayores, sobre la propia tierra, en tertulias que solían hacerse en los alegres días de vaquería, cuando se contaban las reses y se marcaban las del aumento del hatos en el año. Tertulias con meriendas que tenían lugar en los corredores de la casona desde donde se regía uno de los más grandes hatos de Chontales. Después he encontrado en las líneas de letra procesada de los viejos títulos de grandes propiedades chontaleñas, rastros de mi versión tradicional.

Según ella, la iniciativa de poblar Chontales correspondió a los ganados, vacuno y caballar. Principalmente a las vacas. Las orillas del Gran Lago correspondientes a Granada y a Rivas dieron, desde años recientes a la conquista, pruebas de gran fecundidad para la crianza del ganado. Un viajero que pasó por Granada cuarenta años después de la fundación, cuenta que quedó admirado al relatarle un ganadero, que él había traído de España en el primer lustro después de la venida de los españoles, un toro y dos vacas, y que ya poseía un hatos de más de quinientas cabezas descendientes de las importadas.

El Lago de Nicaragua tiene una potencia fertilizadora parecida a la del río Nilo en Egipto en una duración de siglos. Abona y baña sus costas periódicamente. Todos los años las inunda durante la estación lluviosa; y al retirarse durante la estación seca, las deja enriquecidas por el limo y con persistente humedad. Hierbas que son ricos pastos, como las denominadas tepalón, coquillo, gamalote y otras, brotan naturalmente de esa tierra abonada y fresca, y la cubren por leguas, siendo alimento nutritivo para animales hervíboros. Las vacas de los hacendados granadinos caminaron bordeando la costa norte del Lago, para aprovecharse de esa alimentación. Los dueños siguieron el consejo de Virgilio, el poeta clásico:

«Deja que tus vacas se alejen a pacer la sabrosa hierba, Irán los negros toros detrás aumentando el rebaño».

Peró el ganado siguió el plan del poeta con independencia del hombre. Con los años, y en virtud de una progresión de aumento igual a la relatada por el ganadero granadino, las costas de Chontales se cubrieron de vacas y toros. La raza era la española que es de condición bravía y fácilmente se alza contra el hombre. En la estación lluviosa el ganado, disgustado de la excesiva humedad de la costa, transmigró hacia las montañas de Amerrique; en su jornada encontró extensos llanos cubiertos también de zacate sustancioso, tal cual el que denominan aceitillo. Subió enseguida a las alturas en donde hallaba sombra abrigadora para los rigores del mediodía y también extensos pastizales y frutas comestibles.

Tras las huellas de las vacas se fueron las yeguas por las mismas vías, circunstancias y estímulos de alzamiento y reproducción. El ambiente también les fué propio para crecer y multiplicarse. Por este procedimiento, corrido el

siglo, Chontales fué una rica región colmada de vacas y caballos cimarrones.

Los españoles de Granada que tuvieron conocimiento de esa riqueza fueron a explorarla en plan de cacería. Advierto que cuando digo españoles de Granada, uso la palabra español conforme el formulismo legal de la época; pero en realidad, eran criollos, es decir, descendientes mestizos de los españoles y de las indias, los que se lanzaron a esas exploraciones. Poco a poco se fué estableciendo un negocio productivo. La operación la llamaron «cuerear». Se organizaban las expediciones llevando mulas cargadas de sal. Se perseguía al ganado huidor, para capturar vacas y toros gordos y se les sacrificaba inmediatamente. Se les quitaban los cueros y con las mejores piezas de la carne se hacían suculentos tasajos y cecinas. Cueros, tasajos y cecinas se salaban y se traían a Granada. Los tasajos y cecinas eran vendidos en los mercados interiores y los cueros exportados a España.

Los excursionistas hacían su trabajo a caballo. La mayoría de los criollos granadinos eran buenos jinetes. Como el caballo era elemento primordial de actividad, el aprender a montar formaba parte de la educación del joven principal. Al encontrar los campos ricos en bestias chúcaras, procedieron a domarlas. La lucha fué recia, pero no contra los indios, sino contra una naturaleza áspera y contra unos animales bravíos hasta la ferocidad.

En esos ejercicios de valor y destreza se formó un tipo especial de hombre, resistente, hábil, audaz, paciente y valeroso. No ha sido esta una elaboración que haya sucedido exclusivamente en Nicaragua. La hubo igual en la Argentina, donde se formó el gaucho; en Venezuela, el llanero; en México, el charro. Todos ellos fueron producidos en un ambiente en donde bestias y reses se multiplican prodigiosa-

mente y sin costo de dinero, tal cual otros animales hervíboros salvajes, por ejemplo, el venado. En Chontales el tipo de esa humanidad culminó en lo que se llama el **campisto**, que como el gaucho se identifica con su caballo, hasta convertirse casi en un centauro. En esas faenas arriesgadísimas adquirió el campisto, o mejor digamos, el chontaleño, un instinto poderoso para percibir rutas y adivinar direcciones en las montañas, sobriedad que le hace insobornable, y facultad de insistir en la operación comenzada hasta conseguir el fin que se propone.

Con el tiempo y por la costumbre, los excursionistas se naturalizaron en el medio y se fueron quedando a vivir en él. Se declararon dueños por sí y ante sí, de terrenos, ganados y bestias. Primeramente vivían aislados con sus familias, y separados por leguas de sus congéneres. No les asustaba la distancia para visitarse entre ellos; pero creyeron conveniente tener plazas de reunión donde discutir sus planes e intercambiar sus productos. Así se formaron los primeros poblados. Entiendo que Acoyapa fué la primera que surgió en el lugar que nos ha descrito el Doctor Guerrero. Probablemente le pusieron el nombre de San Sebastián por ser este santo, Patrono pertinente de hombres arrojados.

A estas alturas de la original operación creadora y organizadora de la ganadería, vértebra permanente de la riqueza en Nicaragua, se produjo la intervención del Estado. Fué ello en el correr de los años del Siglo XVII. En la conquista y colonización de América se ha observado con frecuencia que la iniciativa ha correspondido a las energías individuales, y que ya encaminadas éstas en la realización de los proyectos, los ha acogido el Estado para redondearlos e incorporar a sus dominios las tierras colonizadas. Los conquistadores españoles gustaban de formalizar jurídicamente sus hechos. Tan luego sentaban el pie firme sobre terreno

americano procedían a legalizar sus actos vinculándolos al Estado español.

Siguiendo el procedimiento, los chontaleños procedieron a dar forma jurídica a sus hechos de colonizadores, a legitimar sus propiedades y dar validez a sus negocios. Conforme a la costumbre procuraron organizar en forma municipal a sus poblados. Obtuvieron del Rey la representación de un Regidor permanente en el Ayuntamiento de Granada, que era una de las fuentes jurídicas más activas de la provincia. Obtuvieron de las autoridades de la colonia títulos escritos de sus tierras y ganados. En este camino buscaron la ayuda de los ricos hombres de Granada, que se despertaron en sus ambiciones de terratenientes al ser informados de la exuberancia de los campos chontaleños en cuanto a crianza de ganados. Se hicieron denuncias de grandes extensiones de terreno que los constituyeron en dueños y señores de latifundios, a los cuales dieron en sus ilusiones significado de feudos. Se verificaron medidas ampliamente generosas de la superficie; se tiraron líneas imprecisas para separar los predios. Así vino la Ley a organizar aquellas incipientes sociedades de rancheros rústicos, que sin embargo, significaban una grande energía en potencia para la provincia. En verdad y apesar del legalismo continuó la persecución y la lucha por el animal mostrenco; pero las cosas se arreglaban al ponerle la marca de un fierro inscrito como signo de propiedad. La región estaba formada de grandes haciendas que hacían horizonte. Acoyapa y Jujalpa fueron los poblados en donde se iniciaban y ventilaban los asuntos, que quedaban rematados en el Ayuntamiento de Granada, con la voz y voto del Regidor chontaleño.

Los ricos hombres de Granada tenían como la cúspide de su codicia el ser dueños de un latifundio en Chontales. Era el feudo ambicionado para prestancia del apellido.

Guardo en mi archivo una correspondencia que prueba ese sentido de distinción en que se tenía la calidad de propietario de un latifundio en Chontales. Un rico hombre de Granada era dueño de cinco haciendas de ganado, que había obtenido por compras sucesivas. En el mes de Noviembre de 1806, su administrador le escribe proponiéndole que «en el inventario que se está verificando de las reses y bestias unifiquen la marca y fierro para que sea una sola para todos los animales de su propiedad». El rico hombre le contesta a su administrador:

«Deje usted cada hacienda con su fierro y marca correspondiente, porque cinco hijos tengo, y destino uno de esos hatos para cada uno de los hijos, con el objeto y fin de que les sirva de sustento a la hidalguía».

Era el concepto de dominio honorífico que obligaba a una fidelidad y obsequio personal, en virtud de cierta posición destacada.

En títulos de los latifundios he encontrado algo que cimienta la teoría que he expuesto sobre la colonización especial del Departamento de Chontales. Noto además en la historia y en la tradición una circunstancia especial, y es ella la ausencia del indio como factor colectivo, vivo y actuante, en ese trabajo de formación de la raza y creación de los poblados. En Granada y en León, tomándolas por ejemplo, el indio fué poderoso elemento imprescindible de ese trabajo de creación. La mezcla entre dos razas humanas, de las cuales la una es conquistadora y la otra conquistada, suele verificarse en virtud de dos movimientos antagónicos, que sin embargo se combinan. El uno, realizado por la raza conquistadora, que siempre es minoría, es movimiento de penetración; el otro, que pertenece a la raza conquistada, que siempre es más numerosa, es movimiento de absorción. En la Historia Universal, China es un ejemplo como raza que

ha absorbido a los conquistadores extranjeros que la han dominado, imprimiéndole las líneas de su fisonomía racial.

En Hispanoamérica la fuerza de penetración venció la resistencia de la fuerza de absorción. Pero la raza dominante, en virtud de la energía de absorción, siguió latente y ha logrado modificar el elemento penetrante. En León y en Granada permanecieron los indios durante toda la colonia, y aun en la actualidad son un ingrediente perfectamente visible en el organismo vivo de las dos ciudades. Jalteva y Subtiava han existido y existen en el costado de Granada y de León; y en virtud de su presencia insiste el trabajo de la doble operación de absorción y penetración, con destino a llegar a la unidad de un tipo característico de la raza nicaragüense.

Los caracteres esenciales de la raza conquistadora han dominado fijándose como líneas precisas en la fisonomía de la *nación nicaragüense: religión, lengua, organización social*. Pero en esas mismas líneas se nota un nuevo matiz, que las suaviza y las diluye. Es el resultado de la confluencia continua de la sangre indígena entrando en la circulación de la raza.

En Chontales el trabajo combinado de las dos fuerzas no existió. Las familias criollas que ocuparon el departamento en la primera etapa de la colonización que he relatado, se mezclaron entre sí, crecieron en sus propios elementos, se multiplicaron y por fin cubrieron el territorio del departamento. A veces recibían refuerzos de los criollos granadinos que llegaban como *dueños de las tierras concedidas por el Rey*. Esos criollos no tuvieron luchas con otras razas, sino que evolucionaron en un proceso de mera adaptación al medio ambiente.

La población de Chontales se distingue en Nicaragua por el triunfo visible del elemento de penetración, y por la

ausencia de la fuerza de absorción de la raza indígena. Con especialidad en el campo, el chontaleño que lo habita es tal vez el tipo más español de Nicaragua. Los campistos son en su mayoría de facciones notoriamente castizas, con rasgos de árabes, tal vez por haber sido andaluces los primeros excursionistas que llegaron tras el ganado; tal vez por influencia del paisaje formado por el contraste de llanos rasos que hacen horizontes y alturas eminentes; tal vez por la influencia del ejercicio cotidiano de cabalgar.

Permítaseme que corrobore mis ideas con recuerdos personales. Conocí una familia de campistos de vieja alcurnia chontaleña, que en una especie de dinastía se habían sucedido de padres a hijos en la dirección y gobierno de uno de los mayores hatos por el número de reses y por la extensión de sus tierras. Traté de cerca al abuelo, al hijo y al nieto. Los tres eran tipos españoles sin señal de indígena. El nieto que estaba en el gobierno del hato en ese tiempo, se parecía a Don Quijote, **de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro.** Le hablé de ese parecido, le mostré las láminas de una edición antigua de la obra de Cervantes que estaba en la casa de la hacienda, y le relaté algunas de las donosas acciones del héroe de Cervantes. Le satisfacía al campisto su parecimiento con Don Quijote. Pero cuando le hablé de Rocinante, cuando le describí cómo era la cabalgadura de tan gran caballero y se lo mostré en lámina, me dijo disgustado: «Y no pudieron darle a ese señor, tan bueno, tan valiente, bien sentado jinete, caballo de mejor estampa?». El gozaba como mandador de la hacienda de lo que se llama una ración de caballos, en número de treinta, briosos, gordos, de pujante pecho y veloz carrera. Le pregunté con malicia: «Le darías tú uno de tu ración?». Me contestó inmediatamente sonriéndose orgulloso, con aire del manchego que tomaba por cierto lo supuesto y por presente lo lejano: «Con gusto lo dejaría escoger apartando el Flor de Aromo». Era éste su potro preferido. Al recordar

esa anécdota y contemplar en mi memoria la figura evocada me confirmo en la fijeza del tipo español, en esos insobornables, incansables, invencibles centauros de las pampas de Chontales.

Pero todas esas memorias mías son de hace cincuenta años. No estaré también en mis ilusiones empeñado en actualizar lo fenecido? El Doctor Guerrero ha tenido la virtud de despertar dormidos recuerdos y hacerlos florecer en reflexiones. Pero de entonces para acá las cosas y los hombres han evolucionado transformando el paisaje y probablemente el genio de la gente que lo habita y anima. En los capítulos que leí he seguido la línea de esas transformaciones en una dirección de cultura y de riqueza. Es la misión de la historia engarzar épocas para formar una sola unidad de sujeto, no permitiendo soluciones de continuidad que interrumpen el hilo de la vida de una nación y trastornan su desenvolvimiento.

Debo concluir esta Introducción para dar lugar a los lectores que avancen hacia una mejor exposición de los hechos y arreglos de las cosas. Si me es permitido por razones de edad y de unas relaciones amistosas largamente sostenidas con el Doctor Guerrero, cerraré estas líneas estimulándole en su noble vocación de historiador, para que siga por sobre las dificultades que para cumplirlas encuentre en un país sin archivo, con tradiciones a veces contradictorias y con la indiferencia de un público no penetrado del alto valor del conocimiento de su propio pasado para cimentar en él la construcción del porvenir.

(1955. Prólogo a la obra: "El Pueblo Extranjero: Monografía de Chontales" de Julián N. Guerrero).

**I, g. DIALOGO SOBRE LA SIGNIFICACION
HISTORICA DE DON FRUTO CHAMORRO EN NICARAGUA**

El Domingo 6 de febrero de 1938, en una tertulia granadina (en casa del Dr. José Bárcenas Meneses) se sostuvo una conversación que fue recogida y transcrita por el entonces Director de "EL DIARIO NICARAGUENSE" don Pedro Joaquín Cuadra Ch., uno de los concurrentes e interlocutores. Tanto por la participación central del Dr. Cuadra Pasos, como por ser el diálogo y la tertulia una de las formas de "historiar" que más gustó y usó en su magisterio intelectual, integramos esta conversación en el volúmen de sus OBRAS, II.

Solemos algunos amigos reunirnos los más domingos por la mañana, en casa del Dr. don José Bárcenas Meneses, en amigable tertulia, que aprovechamos en discusiones útiles sobre temas políticos y sociales de interés común y general, con carácter informativo noticioso u orientador, según los casos y las circunstancias. El domingo 6 de febrero de 1938, llegué a la tertulia un poco tarde, y encontré en casa del Dr. Bárcenas Meneses, haciendo rueda en el corredor, amplio y fresco, además del dueño y sus hijos José y Carlos, al Dr. don Carlos Cuadra Pasos, al Dr. don Fausto A. Robleto, a don Dionisio Chamorro, a don Dionisio Monterrey y a don Cayetano Sáenz. Al salir a mi encuentro el Dr. Bárcenas Meneses, me dijo por saludo:

—A la buena hora llegas. Estamos proponiendo un tema histórico político de interés, en que sería oportuna tu opinión.

Entré, me arrellené en una cómoda butaca, y pregunté de qué se trataba o cuál era el tema puesto a discusión. El Dr. Bárcenas Meneses expúsomelo, poco más o menos así:

—Se trata de determinar a quién, entre los prohombres políticos de Nicaragua, se le debería levantar una estatua, como representativo o encarnación del país. Qué dices tú?

—Cabalmente, repuse, hace pocos días me propuso igual o parecido tema histórico el Gral. Hildebrando Rocha, preguntándome que a quién conceptuaba yo, entre nuestros más destacados hombres públicos, el más prominente. Yo le contesté que, así de pronto, se me hacía difícil la respuesta categórica; pero el Gral. Rocha entonces me dijo: «Yo no lo discuto ni un momento. Para mí el hombre más grande que tiene Nicaragua es don Fruto Chamorro». Le argüí: «Yo creo en don Fruto como uno de nuestros más eminentes hombres públicos; pero para darle la posición que Ud. quiere, abrigo fuertes dudas, sobre todo en ese carácter de único en eminencia. Así es que no sabría a quién levantarle estatua con tan elevado carácter».

—Entonces tomó mano en la conversación el Dr. Cuadra Pasos y dijo:

—Yo si tengo juicio formado sobre ese punto histórico, y si de mí dependiera no levantaría una, sino sendas ESTATUAS a cuatro hombres representativos en nuestra historia, dividida para ese objeto en cuatro grandes etapas o momentos trascendentales de nuestra vida de pueblo o nación.

—Cuáles son esos momentos y sus hombres representativos de la patria por su actuación histórica? —le preguntamos al Dr. Cuadra Pasos.

—El primero es naturalmente el pre-colombino, y lo representa forzosamente el cacique más destacado a la venida de los Españoles, NICARAO, que le dió nombre al país y era además uno de los más inteligentes y comprensivos de

aquel momento en que el suelo nacional pasó, por la vía de la Conquista, a hablar en español y a rezar a Jesucristo.

El segundo momento histórico, cuando empieza a formarse la nacionalidad nicaragüense, en su aspecto indohispano, lo caracterizaría es claro en la persona de Hernández de Córdoba, fundador de León y Granada, columnas sostenedoras del gran edificio de la Colonia y de la vida política entera de Nicaragua.

El tercero es el paso de la Colonia a la Independencia, que no tiene mayor trascendencia social que **la abolición de la esclavitud**, por lo cual personifico ese tiempo en el P. Benito Soto, como la personalidad más digna de representarlo, por sus trabajos abolicionistas. Y llegamos al cuarto momento histórico, ya en plenitud de independencia. Haré aquí una observación pertinente para aquilatar mi convicción. El rompimiento con España provocó en Nicaragua una verdadera crisis política, que no se sintió tan aguda en el resto de Centro América, especialmente en Guatemala, donde la autoridad había ejercido más directamente su acción y los pueblos no sintieron el cambio, acostumbrados como estaban a ver a los mismos hombres en su ejercicio.

Pero en Nicaragua el freno de la autoridad se relajó por completo, creándose la anarquía en todas partes. Cuando llegó don Fruto Chamorro de Guatemala, la situación de Nicaragua era lamentable. Don Fruto vió claro y profundamente cuál era nuestro verdadero problema político, problema de autoridad, que se hallaba completamente relajada; y comprendiendo que EL MAL DE NICARAGUA ERA EL DEBILITAMIENTO DEL PRINCIPIO DE LA AUTORIDAD, no tuvo otro IDEAL que ROBUSTECERLO, estableciéndolo en una base firme y estable, y al logro de ese ideal consagró sus energías y talentos, y por eso, apreciando sus altos merecimientos para con la patria en ese mo-

mento culminante de nuestra historia, es que juzgo fundado en razón su derecho al reconocimiento de la patria como uno de sus fundadores; porque sacó a Nicaragua del caos de la anarquía en que se debatía el país. Merece, por lo tanto, los honores del bronce, en ese cuarto período constitutivo de nuestra vida republicana. Fruto Chamorro lo encarna, como campeón del orden y de la autoridad.

Entonces creí oportuno hacer una observación, en referencia a don Fruto Chamorro, que ha sido, a pesar de ese mérito, el personaje histórico más discutido de nuestra nación, objeto de las más grandes adhesiones y de los más profundos odios, si admirado y temido de unos, muy mal juzgado también de otros, sujeto en fin de una leyenda odiosa que todavía perdura en la conciencia mal informada de muchos, con influencia tan deletérea para su buen nombre que aun en personas, como nosotros mismos, deseosos sinceros de su gloria, no dejamos de sentirla, mitigada en notas, sino condenatorias, al menos oscurecedoras de sus acciones como político de fama, dominado por la ambición de mando, amigo de la dictadura y de la «mano de hierro», con que le hacen perder más de una de sus mejores cualidades de Estadista de mérito. Por eso, mi objeción fué clara y al grano:

—Yo comprendo que don Fruto tenía ese ideal y el propósito de restaurar en Nicaragua, sacándola de la anarquía aniquiladora de sus bellas cualidades naturales, el principio fecundo de la autoridad, vínculo sagrado sin el cual no puede haber sociedad alguna, y mucho menos política; pero contemplando la acción total de don Fruto, en mirada de conjunto, no puedo menos de lamentar su fracaso; porque si es verdad que contribuyó al prestigio de la autoridad periclitante, no supo imponerla suave y fuertemente y provocó más bien una tremenda reacción política, que sumió al país en honda crisis, con la imposición de su riguroso con-

cepto de la autoridad, en lo que, juzgándolo por ciertos hechos de su vida pública, nos parece que pecó de exagerado. En política no se puede ni se deben llevar las cosas a los extremos, y la tolerancia hace más por la paz pública, no digo ya que la violencia sistemática, sino aun que la justicia rigurosa extremada.

El Dr. Cuadra Pasos, campeón de don Fruto en esa lid del pensamiento, sacó su espada elocuente en defensa de la posición histórica que le había discernido a su héroe y dijo:

—Yo no soy partidario de juzgar a los hombres públicos por hechos particulares y aislados, porque, como humanos, son todos propensos al error, que puede marcarse en algún caso particular a pesar de sus méritos sustanciales. Este ha sido el error en que han incurrido los enemigos de don Fruto, al pretender descalificarlo por uno que otro hecho aislado, cuyo motivos íntimos y verdaderos no conocen, aunque pudieran estar completamente justificados en sí mismos, si supiéramos que obedecieron a una necesidad imprescindible, en el momento de ejecutarlos.

—Uno de los casos que más daño le han hecho a don Fruto, interrumpí al Dr. Cuadra Pasos, ha sido el fusilamiento de los hondureños contra la opinión misma de la mayoría de sus amigos y leales, que le pedían los perdonase. También lo ha perjudicado la prisión de eminentes políticos occidentales, reservándose las razones en «su archivo secreto» que no cuadraba en un país republicano, en que todo debe hacerse a plena luz del día.

—Sí, a esos casos me refiero, continuó el Dr. Cuadra Pasos. No niego que pueden ser errores políticos, no lo sabemos; pero también pueden estar justificados por razones de Estado, impuestas por la necesidad del momento acucioso, que inspiraran semejantes resoluciones drásticas o

preventivas. Yo pienso, por ejemplo, que en el caso de los hondureños, don Fruto se propuso detener, con golpe de mano resonante, la amenaza perpetua que le venía de Honduras, con incitaciones y apoyo a la Revolución, causante de la anarquía y el caos contra su propósito de sustentar el orden público fundándolo en la firme base de una **fuerte autoridad política**, que, aunque desconocida hasta entonces en Nicaragua fuese en adelante y por siempre un órgano capaz de salvar la república de la ruina; y entonces ¿quién le negaría la razón sino la sinrazón?

Duro sin duda puede parecer este acto de don Fruto; pero aun cuando haya de reconocerlo error a la distancia en que nos encontramos de su imperiosa necesidad del momento, su condición de hecho aislado y concreto no desdora su alteza de miras, con que desarrollaba su propósito político en una amplia labor nacional y fundamental de conjunto, en momentos difíciles y en medio de insuperables obstáculos que en todas partes lo rodeaban.

Recuerdo a este propósito una interesantísima conversación que tuve hace poco en Costa Rica con un eminente hombre público de aquella nación, sobre la diferencia sustancial que existe en lo político entre nuestros respectivos pueblos, acreditada Costa Rica de **pacífica**, y Nicaragua, de **inquieta**, con ribetes de turbulenta. Es curiosa y profunda a la vez la observación del eminente político tico, verdadero filósofo histórico. Explica así el pacifismo de su país. «Somos, me dijo, de la misma raza que Uds. Casi todas las familias costarricenses vinieron de Nicaragua, pero al establecerse aquí, tuvieron que actuar en un suelo muy pobre, y la pobreza los hizo pacíficos por necesidad, pues no tenían tiempo que perder en guerras; pero este pacifismo nos hizo al mismo tiempo odiar y combatir a sus perturbadores, con quienes fuimos **intolerantes**. Hoy en Costa Rica se levantan muchas estatuas al eximio Presidente que se llamó don Juan

Rafael Mora, a quien debemos sin duda la mayor parte de nuestro progreso; sin embargo, MURIO EN EL PATIBULO!!! Lo mismo le pasó a Cañas y otro tanto a Morazán. Esto hizo que no tuviéramos perturbadores de oficio y que el amor a la paz se connaturalizara en el costarricense, pacífico de suyo pero intolerante como el que más, con los perturbadores de su paz, su máspreciado tesoro. Uds. no procedieron del mismo modo. Toleraron demasiado a sus perturbadores, que los han mantenido siempre en zozobra, creando su mala fama».

Esta observación sobre el pacifismo de Costa Rica, pudiera servirnos, cualquiera que sea su valor de acierto que yo aprecio al justo, para justificar a don Fruto en esos casos concretos que hemos citado en su contra, como una sombra. Cualquiera que haya sido la posición política de esos militares hondureños en el Gobierno de Honduras, que los mandaba a perturbar el orden de Nicaragua, sin declaratoria de guerra, eran perturbadores de la paz nicaragüense, en cuya consolidación estaba empeñado, con toda su alma de patriota, don Fruto Chamorro, y tenía derecho de fusilarlos.

No puedo menos de interrumpir aquí este relato para evacuar de mi espíritu una observación que me han sugerido las justas aunque aparentemente duras consideraciones del distinguido político tico. ¿Qué se dijera entre nosotros ahora de don Fruto, si entre sus pecados políticos, hubiera cometido el mortal de fusilar a Jeréz, por conspirador sistemático y revolucionario pertinaz, contra el orden público y la autoridad constituida, garante de la paz? Nicaragua se hubiera ahorrado indudablemente, con esa medida drástica, que nosotros mismos no aprobamos en nuestra conciencia nicaragüense democrática, muchas revoluciones y peligros, por lo menos aquellas de que Jeréz fué nervio y alma extraviada, y quien sabe si no nos hubiéramos ahorrado también la vergüenza de la invasión filibustera que

tantos daños nos causó, aunque gracias a la divina alquimia del patriotismo que se despertó en esa ocasión, se convirtieron en motivos de inmarcesible gloria patria. Con todo y que nos parecen convincentes y profundas las razones del eminente tico reveladas por el Dr. Cuadra Pasos, preferimos que don Fruto se haya contenido en sus medidas precautorias de poner en la cárcel, nada más, a Jeréz, tratado con tanta decencia política, y no fusilarlo, como le hubiera acontecido en cualquiera otra república de Centro América, inclusive Costa Rica, según lo ha hecho ver esta conversación, sin que le hubieran otorgado pluma y papel ni mandado a imprimir su defensa en la imprenta nacional, como lo hizo don Fruto con Jeréz, autor de su famoso RETO A FRUTO PEREZ, con que el máximo caudillo del 54, no se supo poner a la altura de sus ideales democráticos, desdorado en esa triste ocasión por tan indigna diatriba. Pero sigamos el hilo del relato.

El Dr. Cuadra Pasos prosiguió así:

—No hay que juzgar, pues, a don Fruto por este o aquel acto aislado, en que pudo excederse o no, según la opinión de quien lo juzgue. A don Fruto hay que considerarlo en su obra total y conjunta, en su propósito integral, en el valor del IDEAL QUE SE PROPUSO REALIZAR. En mis estudios de la historia de Nicaragua, sólo en don Fruto Chamorro, debo confesarlo, he encontrado al verdadero Estadista, con un ideal fijo en la mente y el propósito firme en la voluntad, de realizarlo en su patria, al precio de los mayores sacrificios, hasta el de su propia vida. Su ideal político, como ya dije, ideal al que consagró su existencia entera de hombre público era LA CONSOLIDACION DE LA AUTORIDAD EN NICARAGUA, como único medio de sacarla del caos en que se debatía para su ruina, desde los albores de la Independencia, en continúa serie de asonadas, cuartelazos, asesinatos, etc., anarquía que contagiaba la misma

vida social, de tal modo que aquí mismo, en Granada, y lo mismo pasaba en León con más fuerza, ya no se podía vivir, sino en continua zozobra, en perpetua alarma, con la constante amenaza que para la sociedad eran los avances de la demagogía suelta. Cuando se oía decir: «vienen los jaltevanos», por ejemplo, todo el mundo se encerraba en sus casas a puertas trancadas, para evitar el peligro moral y material que anunciaba ese grito de guerra. No lo concebimos siquiera ahora, cuando consideramos que Jalteva es hoy en día uno de los barrios más sanos de Granada, conviviendo en la más perfecta armonía de cordialidad social granadinos y jaltevanos; pero entonces la situación era distinta y amenazante. Sólo la mano fuerte de una autoridad central podía controlar esas fuerzas desintegrantes y disociadoras de que se aprovechaban especialmente los jefes militares para imponerse con las armas, al amparo del cuartel, creando el MILITARISMO, otro de los grandes obstáculos con que tuvo que luchar don Fruto en su patriótico afán de autoridad legítima.

Don Fruto era tan sincero en su ideal de autoridad, que lo practicó no sólo cuando estaba con el mando, sino abajo, único caso en nuestra historia en que un jefe militar se presenta a juicio sin **la mancha revolucionaria**. DON FRUTO CHAMORRO NO FUE EN EFECTO NUNCA EN SU VIDA, REVOLUCIONARIO. Este aspecto de su carácter político es completamente desconocido, y sin embargo, constituye la línea esencial de su fisonomía política, más que su innegable valor personal ni ninguna otra de sus virtudes ciudadanas. Este perfil de su carácter se acentuó, de modo admirable, en su actuación política destacada, en el período del Director Supremo Lic. Laureano Pineda (1851 - 52) de quien don Fruto fué Ministro de Hacienda, puesto del que tuvo que retirarse por dignidad personal por influencias y trabajos subrepticios del partido del General Muñoz, Comandante general de armas. (Entonces la Comandancia Gene-

ral de Armas estaba separada, con carácter independiente, del cargo de Director Supremo, separación e independencia llena de peligros para la paz y el orden, y motivo de sublevaciones constantes. El Comandante General era el verdadero jefe de Estado, y el Director su criatura o su enemigo). No tardó este caudillo militar en sublevarse contra Pineda, faltó ya del apoyo de don Fruto, y lo puso en el Tempisque, vía al destierro, con sus ministros Castellón y Zapata. (4 de agosto de 1851).

Supo el atentado militar don Fruto, estando en Managua, donde se hallaba reunida la Asamblea Legislativa, la que, *influida y apoyada por don Fruto y su partido, reorganizó en el acto el gobierno provisorio, llamando a ejercerlo al senador don José de Montenegro por ausencia del legítimo Lic. Pineda y se organizó el EJERCITO RESTAURADOR DEL ORDEN, con don Fruto a la cabeza. En este acto se puso en evidencia la nobleza de don Fruto: con todo y que acababa Pineda de admitirle la renuncia de ministro, puesta por decoro por los trabajos de Muñoz no le guardó rencor y levantó la bandera de la legitimidad, exponiendo su vida por restaurarle en el poder. Muñoz permanecía en León.....*

Hago aquí otro alto para apuntar una reflexión que viene a confirmar el pensamiento capital del Dr. Cuadra Pasos sobre don Fruto. Para refrescar mi memoria sobre estos *trascendentales sucesos de nuestra historia, he vuelto a leer la «Ojeada Retrospectiva» de don Anselmo H. Rivas, y con la nueva luz que pusiera en nuestra mano la interesante e ilustrativa conversación que estoy transcribiendo, no es extraño que me haya fijado en un hecho que sin esa circunstancia, no me hubiera llamado acaso la atención y es el que se refiere a la calidad del nombramiento recaído en don Fruto como jefe del Ejército Restaurador del Orden. El Director Provisional «Nombró Comandante General al Coro-*

nel don Fruto Chamorro», dice don Anselmo en su Ojeada, y comenta a renglón seguido:

«Es muy **probable** que este ciudadano (don Fruto) impregnado como estaba del pensamiento del Director Pineda **de extirpar el cáncer de la Comandancia General, haya desaprobado el que ésta subsistiera**; porque el 7 acordó el gobierno resumir aquel destino en el Ministerio de la Guerra. El 8 nombró el Gobierno al señor Chamorro **General en Jefe del Ejército Restaurador del Orden....**»

Leído ese pasaje, digo ahora, con el criterio informado en la luz del Dr. Cuadra Pasos sobre la personalidad política de don Fruto, sólo nos extraña que don Anselmo no haya sido más categórico dejándose de reticencias, para decir francamente lo que para nosotros ahora pasa **lo probable**, para ser convicción, dada la categoría del jefe nombrado que no se andaba en chiquitas cuando de imponerse se trataba, conforme al bien que entendía, por lo que conceptuamos que la disposición tomada por el Gobierno fué inspirada por don Fruto, de conformidad con su ideal político de orden y autoridad, que no cesaba de inculcar con la palabra y el ejemplo, ya viviese retirado de toda influencia en el poder, o ya fuese simple subalterno o cuando ejercía el mando supremo como él sabía hacerlo, siempre manifestó su antagonismo de convencido contra todo lo revolucionario y su adhesión sincera y leal a las autoridades constituidas, para respetarlas desde abajo, si estaba caído, o sostenerlas desde arriba, si tenía poder. En confirmación de esta verdad, don Anselmo cuenta una anécdota muy significativa:

«Acostumbraba aquel jefe decir a sus subalternos: «El que no sabe obedecer jamás sabrá mandar». Durante la administración del señor Sandoval, había sido el señor Chamorro ministro de la guerra; y una vez que el general Muñoz pasaba revista a sus 800 veteranos, en son de ame-

naza para el Ejecutivo, le dijo en tono resuelto al frente de aquellas tropas: —«Recuerde usted, General, que cuando fuí su subalterno, fuí sumiso; hoy que soy su jefe, sabré hacerme respetar».

Esa anécdota pinta al vivo el carácter de don Fruto; pero sigamos el hilo de esta interrumpida conversación histórica filosófica que todos los circunstantes escuchaban con creciente interés, como se vé por el relato, colgados todos de la palabra del Dr. Cuadra Pasos, que siguió abriéndonos las puertas cerradas de nuestra verdadera historia, de esta manera:

—No voy a cansarlos, continuó el Dr. Cuadra Pasos, con el relato circunstanciado de este episodio trascendental de nuestra vida política de nación tan probada por el destino. Don Fruto con su pericia militar, con su abnegación y espíritu de sacrificio, puso a raya a la facción del General Muñoz que quiso tentarlo convidándolo a mandar juntos, a lo que don Fruto se negó rotundamente, no teniendo otra respuesta que la que fué lema de su partido: LEGITIMIDAD O MUERTE. Su objeto al asumir el mando del ejército, había sido devolverle el poder a Pineda, y Pineda volvió del destierro a asumir el mando supremo, sin el cáncer que había contribuido a extirpar con su espada, puesta al servicio del orden y la autoridad el gran caudillo conservador.

Una muestra del gran espíritu de don Fruto se encuentra leyendo la organización del ejército restaurador. Las dos primeras compañías que despachó al campo de batalla, que pudiera ser por el peligro de muerte a que se exponían, verdadero **campo santo**, estaban a cargo, la primera de su hermano don Fernando Chamorro, y la segunda del joven don Pedro Rafael Quadra, que estaba comprometido con una hija de don Fruto, es decir enviaba al peligro los primeros a su hermano y a su hijo, y ese alto espíritu tan jus-

ticiero e imparcial despertaba naturalmente en la juventud de su tiempo un verdadero entusiasmo fanático por su persona y su nombre. Sólo así se puede explicar que más tarde, a su regreso, derrotado del Pozo, haya podido defender a Granada con sólo jóvenes, todos hombres civiles, de paz, como lo eran sin duda don Vicente y don José Joaquín Quadra, que empuñaron a su lado el rifle con el resto de la juventud granadina que hizo verdaderos prodigios de valor, sólo posible con un Jefe de la talla de don Fruto.

Don Dionisio Chamorro que había permanecido callado todo este tiempo, contentándose con hacer signos de aprobación entusiasta con la cabeza, a cada afirmación del Dr. Cuadra Pasos, observó entonces oportunamente lo siguiente:

—Ese entusiasmo por don Fruto duró en don Vicente toda su vida. Recuerdo la observación que hizo ese preclaro ciudadano cuando en una reunión política efectuada a raíz de la derrota de la Cuesta en 1893, se planteó en Granada el problema de la resistencia activa o la rendición incondicional. Se puso en evidencia la fuerza bélica con que se contaba, las armas y municiones que había, el dinero no escaso que podía reunirse y ejército todavía fresco. Entonces don Vicente arguyó: Todo eso es verdad, tenemos armas y soldados y dinero. Lo que yo no veo es quién sea el Fruto Chamorro que reorganizará para la victoria todo ese material bélico y humano. Esa palabra de don Vicente Quadra marca el altísimo aprecio que conservaba por don Fruto, en toda su plenitud, hasta en la ancianidad....

—Así es la pura verdad, dijo el Dr. Cuadra Pasos. Don Fruto supo inspirar esa confianza, impuso su jefatura en el país, por el ascendiente que ejercía en todos, por su valor, rayano en temerario, muchas veces, y sobre todo porque sabía ser el primero en los sacrificios y en el peligro, condición que consolida el vínculo que une a los jefes natos con

sus fieles subalternos. Yo, en efecto, aprendí a admirar a don Fruto, al través del aprecio, que por él sintieron mis padres, en largura de tiempo aún después de su muerte. En mi familia el nombre de don Fruto era querido y venerado, como lo prueba esa expresión tan oportunamente citada por don Nicho.

Pero volviendo al episodio interrumpido de Pineda, digo que tiene para mí, carácter de base política constitutiva de Nicaragua, por el robustecimiento de la autoridad que se siguió, gracias a la abnegada y patriótica actitud de don Fruto, quien, vuelto a su puesto y a la plenitud del mando supremo el Lic. Pineda, y pacificada la república, no vaciló un momento respecto de lo que debía hacer, y sin exigir ninguna recompensa inmediata del gobierno, ministerio o hegemonía, ni siquiera seguridades de porvenir político, se retiró tranquilo a su casa, a la vida privada, después de licenciar el Ejército Restaurador del Orden, de que había sido alma y jefe. Pineda pudo terminar su período tranquilamente, hasta que entregó el mando a su sucesor, que fué el mismo don Fruto, cuyo prestigio dentro de su partido se había aumentado enormemente con las acciones narradas. La lucha electoral, sin embargo, no fué tranquila, y la oposición tuvo por candidato al Lic. don Francisco Castellón.

Al llegar aquí las consideraciones del Dr. Cuadra Pasos, de las que había yo sacado en limpio para mi capote que es buen camino para llegar al poder el del sincero desprendimiento, si se le unen naturalmente otras dotes de mando y virtudes cívicas como las de don Fruto, propuse otro orden de ideas respecto de la actuación de don Fruto como gobernante. Dije:

—No puedo menos de declarar mi conformidad con la favorable apreciación que hemos estado escuchando de la boca del Dr. Cuadra Pasos sobre don Fruto Chamorro; y

yo lo incito desde ahora mismo para que se dedique, después de concluido el asunto de límites con Honduras que tiene entre manos como miembro de la Delegación Nicaragüense ante el Tribunal de Mediación por reunirse en San José de Costa Rica, en su segunda etapa que esperamos definitiva, a escribir con todo empeño un libro documentado sobre la vida de don Fruto, para darlo a conocer a los nicaragüenses, para quienes por desgracia don Fruto es EL GRAN DESCONOCIDO, y esa obra es de urgentísima necesidad histórica, tanto más cuanto que el defecto que combatió don Fruto con su ejemplo y palabra sigue siendo en nuestros días uno de los más grandes obstáculos con que tropezamos, en la vía del progreso hacia el goce consciente de la paz y la prosperidad.

Todos los presentes en la tertulia a coro aprobaron esa excitativa, que el Dr. Cuadra Pasos prometió llevar a cabo, y ojalá que no se quede en simple proyecto. Entre los más entusiastas por la idea, puedo citar al Dr. Fausto A. Robleto, que dijo:

—Verdaderamente los nicaragüenses estamos completamente ayunos en historia patria, y la obra sobre **Don Fruto y su tiempo** es una necesidad imprescindible. Yo uno con fervido entusiasmo mi voz de aliento al coro general para pedirle al Dr. Cuadra Pasos que haga esa obra patriótica tan necesaria de revelarnos a don Fruto en toda su inmensa estatura de fundador de la república en el orden.

Don Dionisio Chamorro observó:

—Aunque Gámez es un liberal exaltado y podría creerse de su partidarismo que tergiversase la historia, yo hago mérito de su juicio sobre don Fruto, de quien expresa los más altos elogios, reconoce su patriotismo y acaba manifestando: «La posteridad le hará justicia». Fíjense lo que

eso significa: la posteridad le hará justicia. Esto es mucho a favor de don Fruto, y si el Dr. Cuadra Pasos llega a escribir la obra prometida, la que no debe de postergar, se habrá cumplido el vaticinio de Gámez: la posteridad le habrá hecho justicia con la pluma del Dr. Cuadra Pasos.

—Todo eso está muy bien, dije yo—; pero oigan mi nueva objeción, que quiero hacer ahora las veces del **abogado del diablo** en este proceso histórico, al estilo de los que se oponen a los santos en el de su canonización por la Iglesia.

—A ver, cuál es esa objeción, que estoy preparado a solucionarla, contestó el Dr. Cuadra Pasos.

—Es la siguiente. Don Fruto fué acertadísimo en su conducta política en el período que podemos llamar constructivo, externo y su actitud con Pineda es maravillosamente ejemplar, insuperable; fué un verdadero creador político; pero no basta crear, es necesario conservar. Dios es creador, pero también conservador del mundo. Conservar es una creación continuada. Don Fruto, tal cual aparece en la historia, contribuyó con la fuerza de su brazo a crear el Estado en la base de la ley y la legitimidad; pero cuando le tocó actuar como autoridad constituida no supo conservar la paz, gloria de la autoridad, que él mismo con su ejemplo había contribuido a establecer. ¿Qué virtud le faltó? No dejó de temer que pecó de **rigorismo....**

Alguien comparó en ese momento a don Fruto con García Moreno, el gran presidente católico del Ecuador, como para justificar a don Fruto de sus rigores en el desarrollo de su política autoritaria desde el gobierno. La comparación pudiera parecer oportuna, aunque hay sus grandes diferencias entre uno y otro, siendo favorable a don Fruto, sin pretender cotejarlo con aquel genio, el que García Moreno

no se libró de la tacha de conspirador que no ostenta en su caso de hombre civil y militar el caudillo legitimista. Para responder a esa alusión dije, aceptando el reto:

—Cabalmente, la cita de García Moreno me viene muy al pelo en mi argumentación. Yo soy gran admirador de García Moreno. Estudiado en lo esencial de su obra política, lo juzgo más grande aún que Bolívar, aunque la obra de este sea más trascendental, pues abarca todo el continente, y la de García Moreno se restringe a los limitados horizontes del Ecuador, apenas trascendidos por la luminosidad de su ejemplo y grandeza. Es mi opinión, precisamente, que García Moreno, verdadero genio político pecó de RIGORISTA y yo creo y sostengo que la política debe dar mucho margen a **la tolerancia del mal inevitable en el mundo**. Querer extirpar de raíz y de cuajo los males sociales suele ser contraproducente, y en este sentido la política se debe inspirar en la lección del Evangelio.....

Uno de los circunstantes guiñó el ojo al oírme mentar el Evangelio al parecer ajeno al asunto que discutíamos; pues ¿qué tenía que ver el Evangelio en la discusión sobre los procedimientos políticos de García Moreno y de don Fruto? Pero he aquí lo que yo dije en contestación a ese gesto de reprobación de mi cita:

—Me refiero a la PARABOLA DEL TRIGO Y LA CIZAÑA, que nos indica la política mejor que debemos seguir frente al mal inevitable en la sociedad que nos toca regir, y dice que no conviene muchas veces arrancar de cuajo y de raíz la mala simiente por el peligro que entraña su extirpación totalitaria y rigurosa de llevarse de encuentro, en su propia ruina, al mismo trigo o sea el bien social y político de la nación. García Moreno y don Fruto Chamorro fueron de esa clase de políticos que pudiéramos llamar EXTIRPADORES DE CIZAÑA, ya que con su hoz se llevaron también mu-

chas buenas espigas de paz. Provocaron reacciones con su rigurosa actuación benéfica y bien intencionada, pero con todo y ser amigos declarados del orden, contribuyeron como los que más a perturbarlo con sus exageraciones drásticas en la promoción del bien. Ese es el punto de mi duda respecto de don Fruto. Su pasión por el orden y la autoridad, por muy meritoria que sea y lo es indiscutiblemente, lo llevó a la intolerancia del mal, con pérdida del mismo bien que buscaba. ¿Qué dice Ud. de eso, Dr. Cuadra Pasos?

—No hay que olvidar, dijo el Dr. Cuadra Pasos, que el medio ambiente en que laboraba sus reformas fundamentales don Fruto, no le era propicio, estaba completamente viciado por la anarquía, y sobre los malos hábitos adquiridos flotaban además, para justificar semejante estado de cosas, teorías desquiciadoras del orden público por todos lados. Corifeo de esas ideas subversivas del orden, por libertarias en grado sumo, era el Dr. Máximo Jeréz, el grande y verdadero antagonista de Don Fruto. En esos dos personajes se personificó la lucha ideológica social de Nicaragua en ese fatídico año del 54.

En Jeréz encarnaba el espíritu de la Revolución y en Don Fruto la contra-revolución o lo que es lo mismo: el orden y la autoridad, que las ideas democráticas mal entendidas socavaban. Y es cosa por demás curiosa en nuestra historia y que no puedo dejar pasar inadvertida en esta interpretación de este cuarto momento de nuestra formación constitutiva en pueblo o nación. En el orden externo inmediato Don Fruto venció a Jeréz, impuso su autoridad y dejó el futuro del país en manos de su partido; pero en el orden interno o psicológico le ganó Jeréz la partida a su ilustre adversario, pues Jeréz vencido por las armas, empuñó en Nicaragua el cetro del magisterio y dominó en larga carrera la conciencia nicaragüense, que fué por su influencia completamente liberal. La lucha entablada a brazo partido

entre estos dos grandes exponentes de nuestra historia en formación, se podría comparar a la que describe el Dante entre el hombre y la serpiente, que por un proceso metamorfósico extraordinario cambian de formas, de tal modo confundidas en sus contornos y perfiles, que hacen perder de vista cuál es el hombre y cuál la serpiente. Las ideas revolucionarias de Jeréz vencido en la política militante por el campeón del orden, transformaron la sociedad política con nueva y diversa modalidad ideológica, y revelaron la influencia de Jeréz en el mismo partido de Don Fruto o sea el legitimista, hasta volverlo en cierta manera **revolucionario**. En la realidad de la historia el partido conservador sólo a medias siguió los rumbos que le trazara don Fruto, y abandonándolos a medio camino, siguió los de Jeréz para perderse.

El fracaso de don Fruto en mantener y conservar la paz, como Ejecutivo de la nación, no fué suyo, sino del medio en que operaba y de sus mismos cooperadores que no comprendían todo el alcance constitutivo de sus reformas, por las ideas revolucionarias de Jeréz que inficionaban ya a sus mismos elementos....

—Según eso, Jeréz ha sido uno de los hombres más funestos de nuestra historia, —observó uno, volviendo a ver a don Nicho Chamorro que ha levantado últimamente en el seno conservador la bandera de la reivindicación de Jeréz, el líder del unionismo centroamericano y gran forjador de Utopías, acaso para hacerlo digno émulo de don Fruto.

—Funesto o no, repuso el Dr. Carlos Cuadra Pasos, triunfaron sus ideas en el país, eso es un hecho indiscutible. Hablo desde el punto de vista ideológico, pues en lo político la victoria fué de don Fruto que impuso sus ideas de orden y autoridad, incorporadas en la Constitución del 58 aún por el mismo Jeréz y sus compañeros, que las habían combati-

do en un tiempo con el arma al brazo, prueba de que en este punto trascendental de la política le asistía la razón a don Fruto contra sus impugnadores. Muchas de las razones que alegaron sus opositores para combatir sus reformas, son hasta ridículas, como aquella que denostaba hasta el escándalo las palabras expuestas en su manifiesto inaugural: «seguiré la sabia regla del derecho que prescribe prevenir los males antes que remediarlos». Cualquier estadista moderno firmaría hoy con orgullo semejante máxima tan llena de sabiduría política, como de consumada prudencia. Sin embargo, fué criticado acerbamente por ella, como si se tratase de un acto amenazador de tiranía, que estaba lejos, muy lejos de contener ni por asomo.

A ese principio sin duda obedecieron las prisiones preventivas de Jeréz, Castellón y otros importantes leoneses, pero presos con justa causa o sin ella, puede creerse que ello pospuso la revolución que poco después estalló, lo que justifica a don Fruto de previsor. En ese acto, sin embargo, con todo y que la simpática posición de víctima le corresponde a Jeréz, su actitud tan poco caballerosa con don Fruto lo hace perder la ventaja de su posición y lo coloca, como hombre, a muchos codos abajo del nivel moral de don Fruto, que se sublima como amante de la libertad del pensamiento —don Fruto había sido periodista y amaba esa libertad— cuando pidiendo Jeréz recado de escribir para defenderse, se lo mandó dar el gobernante haciéndole imprimir en la imprenta nacional su decantada defensa. Fué entonces que escribió su famoso RETO A FRUTO PEREZ, en que Jeréz le echa en cara al caudillo conservador su condición de hijo natural, en forma inconcebible en la posición de Jeréz.

Don Dionisio Chamorro movió la cabeza asintiendo a las razones del Dr. Cuadra Pasos, con todo y que no salía tan bien amparado su héroe en el paralelo hecho a grandes rasgos por el Dr. Cuadra Pasos y como provocase además

cierta sorpresa su actitud, que se subrayó con la expresión de alguno a este tenor: «Así me gusta, don Nicho, que reconozca lo que era Jeréz»; el aludido respondió:

—Jeréz fué de espíritu revolucionario indiscutiblemente. En ese particular era más nicaragüense que don Fruto, de índole anti-revolucionaria, como partidario acérrimo de la autoridad y el orden; pero lo triste es que el ejemplo de don Fruto con todo y lo fecundo, no fructificó como debía, pues hasta los hombres más conspicuos de su partido se desvían cuando conspiran contra Martínez de Presidente, por lo que no es de extrañar que Martínez, digno compañero de Jeréz, sin la excusa de sus ilusiones nacionalistas que explican muchos de sus extravíos, frague revoluciones al verse sin poder, hábito desgraciado que ha venido caracterizando al nicaragüense y que llegó a su apogeo en tiempo de Zelaya, hasta ahora, cuando amaestrados por tan trágica experiencia, empezamos a comprender de modo consciente, las ventajas de la paz y por eso creo muy oportuna la exaltación del ejemplo cívico que nos legó don Fruto, que, como ha demostrado mi maestro en historia, el Dr. Cuadra Pasos, nunca en su vida fué revolucionario. De él pudiera decir que su pensamiento fué la justicia, sus métodos, la persuasión, y cuando estaba caído, la colaboración y no la obstrucción. La convivencia de los partidos fué su desideratum, y de ese modo quiso salvar a Nicaragua de la ruina en que lo había precipitado la anarquía, el revolucionarismo.

Con estas ideas mal pudiera defender a Jeréz en sus errores. No admiro ni defiendo al Jeréz revolucionario, sino al JEREZ ARREPENTIDO! de cuya sinceridad no nos es permitido dudar, pues no vacila en ofrendar hasta su vida, aceptando el sacrificio, que le impone su arrepentimiento que perdura en la paz, colaborando con gobiernos conservadores, admiro a Jeréz cuando brinda en Managua manifes-

tando públicamente que estaba arrepentido de haber combatido a don Fruto, de quien tarde supo que era un sincero nacionalista, como su caro e inolvidable amigo el Gral. don Fernando Chamorro. Sólo una alma grande y sincera es capaz de tales arrepentimientos y semejantes confesiones. Ese es al Jeréz que admiro!

Pero no trataría yo de enaltecer a Jeréz, continuó don Nicho, si solamente se hubiera limitado a confesar un error. Hizo mal, trató de repararlo noblemente. Se destacó del partido Liberal viniendo a pelear con los legitimistas, en primera línea, con valor del que nunca careció y con desinterés, que era su regla, para arrancar a Walker y su contemplado imperio esclavista de Centro América; arrastró a su partido el liberalismo para apoyar a Martínez, es decir al partido Conservador, en lucha de emulación con su gran amigo Fernando Chamorro; a pesar de que con su acostumbrada irascibilidad le dijo Martínez en su propia cara que era lleno de mañas como el buey limón, animal que entraba cara atrás en las huertas para despistar las pesquias, y si después fué Jeréz revolucionario, alucinado por la posibilidad de la unión, fué con noble desinterés partidista. Enalteció a Fernando Chamorro, proclamándolo mártir de la libertad y vencedor del filibustero. Murió apoyando a Zavala, de Ministro en Washington, es decir al Conservatismo. Dejó el orden establecido en Nicaragua y al Conservatismo en la indiscutible posesión del poder y de la opinión pública, como nunca se ha visto antes ni después. La muerte de Jeréz fué la señal de la degeneración del partido Conservador y de sus luchas internas. Quiero creer que al llegar por este motivo el Liberalismo al poder, hizo falta la presencia de Jeréz para moderarlo. Hay que hacer especial mérito de la honradez de Jeréz. Creo que Jeréz y Fruto Chamorro son las dos figuras más salientes de nuestra historia. No trate-mos de empequeñecerlos, porque ésto es empequeñecer a nuestro país.

El Dr. Cuadra Pasos continuó:

—Yo francamente no he encontrado en Nicaragua un estadista de la talla de don Fruto Chamorro, en todos los conceptos en que se le quiera estudiar. Es el único hombre de Estado, repito, que hemos tenido, por su visión, su valor, su energía, su ilustración, su comprensión y su honradez y abnegación. Tengo para mí que si hubiera vivido para rematar su obra, tan soberbiamente iniciada, nuestra historia hubiera tomado otros rumbos. Nicaragua hubiera sido mejor....

—Así es la verdad, replicó don Nicho. Recuerdo que Walker en sus memorias dice que si don Fruto hubiera vivido, no habría tenido ocasión de venir a Nicaragua, dicho verdaderamente significativo ya que nos prueba la opinión que de ese personaje histórico encontró Walker en Nicaragua.

—Ese es uno de los puntos oscuros que existe en el gobierno de los pueblos por la Providencia, dijo el Dr. Cuadra Pasos. Quita de enmedio al hombre indispensable, cuando más falta tal vez hace o cuando con un poco de tiempo más consolidaría su obra, preparada en grandes jornadas anteriores. ¿Por qué lo hace? Lo ignoramos. Acaba de suceder eso en Austria con el canciller Dollfus, que fué separado de su obra a medio hacer, y obra tan espléndidamente comenzada. Por qué lo quitó de en medio la Providencia, siendo su obra reparadora de justicia social inspirada en las Encíclicas papales? Misterio, que vivió el país con don Fruto, muerto antes de coronar su empeño restaurador del orden, fundamentado en una autoridad robusta que asentase y mantuviese al país en el goce de la paz. Su muerte prematura (don Fruto murió a los 49 años) abrió la brecha por donde se coló a sus anchas el espíritu revolucionario que encarnaba Jeréz, y que inficionó todo el cuerpo

social sin el correctivo que le quería poner don Fruto. El desorden innato en nosotros, tuvo, bajo el gobierno de don Fruto, una tremenda reacción a la desesperada, reacción a la que don Fruto opuso con éxito el dique poderoso de su genio; pero muerto al ser casi vencedor, faltó en el país la mano directora, que sabe atemperar el golpe que da para hacerlo salvador, y exasperados los demócratas dieron el desgraciado paso de la traída de los filibusteros que desató la guerra nacional, para hacer el bien del arrepentimiento de Jeréz que lo salvó para la historia. Pero de este resultado triste y lamentable don Fruto no fué responsable. Don Fruto habría sabido ser, en la victoria, ecuaníme, como lo había sabido ser con Muñoz cuando lo venció. No habría dado motivo a la desesperación.

El arrepentimiento de Jeréz no era ideológico, sino político y concreto. Su espíritu revolucionario se generalizó en todo el país con todo y que las bases políticas sentadas por don Fruto fueron aceptadas por todos, aún por el partido de Jeréz, como ya dije y su aceptación con un ejecutivo vigoroso nos dió la era de paz de más de treinta años de gobiernos civiles, no sin amagos de revoluciones y constantes conspiraciones mantenidas por la ideología de Jeréz, maestro de la juventud nicaragüense, y de tal manera fermentaron sus ideas que maduras reventaron en 1893 con la Revolución Liberal que iniciaron los leoneses. Era natural que surgiera esa Revolución en la patria de Jeréz, que la había preparado con sus ideas en larga gestación.

Públicamente hablando, don Fruto no extremó sus medidas de orden y autoridad, no fué un rigorista extremado, como lo ha temido o piensa Pedro Joaquín. Era más bien suave en el trato con sus adversarios. Ya lo vimos como se condujo con Jeréz, y con el General Muñoz antes había sido generoso, salvando su vida de las venganzas a que se hallaba expuesto, en León, teatro de sus actuaciones militares.

En cuanto a suavidad era superior a su época, aunque esto parezca paradójica. El democrático Jeréz no se halla limpio de rigorismos. Cuenta en su deber patrio más de un fusilamiento político.... La excusa que dió don Fruto para no revelar su archivo secreto no dependía de su autoritarismo, sino de su blando carazón, pues únicamente trataba de salvar a sus amigos leoneses que le habían informado sobre la conspiración que se fraguaba, de las revanchas inevitables que los hubieran hecho víctimas de la dureza de su época, y don Fruto les prometió guardar sus nombres en su archivo secreto, aún cuando su fama padeciera por el cumplimiento de su palabra en el juicio despiadado de sus adversarios.

—Yo sé, dijo don Nicho a la sazón, que don Fruto trató, cuando asumió el poder ejecutivo de llevar al ministerio al General Jeréz o a Castellón, sus adversarios, fundando desde entonces el verdadero nacionalismo; pero se le opusieron sus más allegados amigos amenazándolo con abandonarlo si lo hacía, y tuvo que acceder.

—En eso, siguió diciendo el Dr. Cuadra Pasos, se ve la superioridad de don Fruto a su tiempo. Sus contemporáneos, a quienes sin embargo sabía electrizar especialmente a los jóvenes, no lo podían seguir en sus grandes vuelos y tenía que descender a la tierra, para imponerse a medias. De allí su fracaso en lo general, con las enormes huellas y surcos que su paso por Nicaragua dejara abiertos para el porvenir. En el punto de los ministerios que quiso darles a los liberales, ha sido muy criticado por haber llevado al de Relaciones a un joven, a don Mateo Mayorga, pero su condición de ser de León y educado en León y sus capacidades mentales superiores justifican del todo ese nombramiento que las atenciones políticas de otro orden, tal vez mezquino, no permitían que recayera en más destacadas personalidades. Sin embargo la superior conducta de don Mateo en

la guerra nacional prueba el discernimiento que don Fruto poseía para conocer a los hombres.

Yo tengo en mis archivos y no secretos, unas cartas cruzadas entre don Pedro Rafael Quadra y don Mateo Mayorga, parientes y muy amigos, sobre la candidatura de don Fruto. Don Mateo no era partidario de don Fruto y a serlo lo condujo don Pedro Rafael. En esas cartas don Pedrito le pide a su amigo el voto por don Fruto como convencional que era. Don Pedro, como ya dije, iba a ser yerno de don Fruto, y don Mateo, ganado ya a la causa, le escribe a su amigo contándole que había ido a caballo a topar a don Fruto, y había tenido la ocasión de venir al lado de la prometida de don Pedro Rafael. Ahora me explico, exclama don Mateo, tu entusiasmo por don Fruto. Está más que justificado. Desde entonces don Mateo se volvió acérrimo y leal partidario de don Fruto, a cuyo lado ejerció el cargo, a pesar de su juventud, de Ministro de Relaciones Exteriores, cargo que desempeñó lucidamente.

Don Fruto como militar era admirable. Sólo él ha podido ser capaz de organizar la resistencia de Granada, a su regreso, derrotado y solo, de la acción del Pozo. Congregó a la juventud granadina y les habló claro y fuerte, respecto a lo que significaba su resistencia en aquel momento de dura prueba, y nadie dudó en seguirlo, de morir a su lado si fuese necesario. Era todo un hombre. En esa ocasión del sitio de Granada por las fuerzas democráticas al mando de Jeréz, situadas en Jalteva, ocurrió un episodio digno de recordarse y nos confirma la superioridad manifiesta de don Fruto sobre sus contemporáneos. Como las fuerzas sitiadoras no eran muy escrupulosas sobre la propiedad ajena, solían las vivanderos de los pueblos vecinos esquivarlas, dirigiéndose por rodeos a Granada, porque en el pequeño ejército de don Fruto se las respetaba y les pagaban al contado el valor de lo que traían. Una vez hubo necesidad en

la plaza de mandar una comisión al Paso, pero no había bestias. Entonces se le ocurrió al jefe militar del día quitarles las bestias a las vivanderas para efectuar la comisión militar urgente. Quejéronse las despojadas y la queja llegó a oídos del Presidente don Fruto. Mandó éste a llamar al jefe de la plaza, y le preguntó los motivos que había tenido para ultrajar a las proveedoras, y enterado bien de todo, falló a favor de ellas, ordenándole al jefe que inmediatamente mandara detener la comisión para devolverles las bestias a sus dueñas, y dijo esta razón de hombre altamente capaz y previsor: Cualquiera que sea la importancia de esa comisión militar, nada es comparable a la provisión y abastecimiento del ejército, y si les quitamos a las indias sus animales, no volverán a aparecerse en la plaza, a donde vienen solo porque encuentran seguridades personales y garantías de sus haberes. Si esto falta, estamos perdidos. Este noble tratamiento, esta seguridad de la propiedad ajena que formaba parte de su programa administrativo, hizo que durante el sitio de Granada los sitiados estuviesen siempre mejor provistos de víveres que los mismos sitiadores que, para obtener sus provisiones de boca, tenían que ir las a buscar en las haciendas vecinas, en continuos merodeos, por no seguir la práctica de don Fruto.

El reloj que cuelga en la pared de la casa del Dr. José Bárcenas Meneses dió la hora, y todos instintivamente levantamos la cabeza a mirar la carátula. La una en punto, y como movidos todos de un resorte, nos levantamos de nuestros asientos y tomando cada cual su chapeo, nos despedimos de los dueños de la casa y unos de otros, y todos al darle la mano al Dr. Carlos Cuadra Pasos que tanto había animado la tertulia del día, le encarecimos de nuevo la necesidad impostergable de escribir ese libro documentado sobre la gran figura nacional de don Fruto Chamorro, a quien nadie conoce en Nicaragua como se debe, en su verdadera fisonomía político-moral, sino bajo la máscara y el disfraz

de la pasión política que le han puesto historiadores incomprensivos, si no mal intencionados, respecto de su posición en la Historia de Nicaragua. Hay que devolverle a nuestro país a don Fruto, para que siga, muerto como el Cid Campeador, ganando batallas por las causas del orden y la paz que no puede existir firme y estable sin la consolidación del principio de Autoridad, ante cuyo baluarte se estrelló impotente el espíritu revolucionario que ha destruido y aniquilado nuestras mejores instituciones en el decurso de nuestra accidentada historia.

Y yo, que había provocado hasta cierto punto la interesante conversación político-histórica sobre don Fruto, por mis dudas respecto de su carácter y actuación, pensé poner en limpio las ideas expuestas en el orden que me sugiriere mi recuerdo, para que no se las llevase el viento del olvido. Las palabras vuelan; lo escrito permanece, suele decirse, y el capítulo de verdadera filosofía de nuestra historia que nos acababa de redactar el Dr. Cuadra Pasos con su amena palabra, merecía a todas luces el privilegio de la permanencia, que es la que he pretendido en esta transcripción, escrita días después, recapacitando sobre sus distintas fases, y dentro de la fragilidad de mi memoria, he procurado ser lo más fiel que me ha sido posible, no es claro a las palabras textuales ni al giro de las frases usadas por los interlocutores, sino a las ideas generales y sustanciales por ellos sostenidas, vertidas con las deficiencias de mi estilo que cobijan obra mía y sólo mía, sin intervención extraña, por lo que cargo con toda la responsabilidad de los defectos de que adolezca. Esta fidelidad ideológica no implica naturalmente exactitud matemática, pues en algunos casos puedo haber ampliado hechos, apenas esbozados en la conversación o deducido implícitas consecuencias de premisas expuestas, siempre dentro del hilo del discurso, pero nunca he puesto en boca de los interlocutores ideas de cuya paternidad pudieran avergonzarse u obligarme a rectificaciones enojosas.

Cuando he tocado algún punto que pudiera indicar alguna reticencia o puya, no le he fijado paternidad, con todo y que nada impropio incurrió en el caballeroso deslizarse de las ideas en el ambiente amigable de cultura de esta conversación de toques históricos verdaderamente trascendentales.

Y sería para mí altamente satisfactorio poder contribuir con la divulgación que me propongo, no tanto a la gloria del General don Fruto Chamorro, de que ya goza históricamente hablando, sino del beneficio que para el país se desprende de la ejemplaridad de su actuación política, tan necesaria de practicarse en nuestros tiempos, y es la lección filosófica histórica que hizo recalcar el Dr. Cuadra Pasos en esta conversación: la de **que don Fruto no había sido nunca en su vida revolucionario, adherido siempre a la causa del orden y la autoridad constituida que don Fruto sostenía como una necesidad vital de paz para la república.**

Los nicaragüenses no debíamos olvidar esa lección, ya que tan caro nos ha costado el abandono del ejemplo de Fruto Chamorro, el caudillo del orden, el campeón de la anti-revolución y de la Autoridad.

En Granada, 22 de febrero de 1938.

Por la copia,

PEDRO J. CUADRA Ch.
